

I CONCURSO DE RELATOS BREVES

'Cuéntale un cuento a La Republicana'



Libro conmemorativo

Primer premio
Premio del público
Selección de relatos

Agradecimientos: *

Zaragoza, marzo 2012

‘Cuéntale un cuento a La Republicana’

En octubre decidimos comenzar con esta aventura, la primera edición de nuestro concurso de relatos. El resultado ha sido mejor de lo esperado y muy gratificante.

La idea era dar un empujón a la creación artística y colaborar con la literatura, acercando el arte a La Republicana, como ha sido desde siempre. A través de nuestros amigos clientes y gracias a una larga tradición, nuestra Casa de Comidas siempre ha estado vinculada a artistas, creadores, escritores, cineastas...

Y gracias a los casi 200 participantes y sus relatos, ahora tenemos muchísimas más historias que contar. La ficción ha vuelto a unirse a La Republicana.

Os presentamos una selección de ellas.

Selección

La traductora búlgara

Por Angélica Morales

El retrato perdido de Cornelia Mainar Van Groenenberg, La republicana

Por José Antonio Panero Martínez

Cambio de vida para un muerto

Por Herbert Poll Gutiérrez

Historia de tres cuadros dipsómanos

Por Pablo Chiquero

Nos lo cuenta Serafín

Por Elena Jauregui Díaz de Cerio

El Mago Aragonés

Por Ricardo Tejerina

Las cartas

Por Miguel Paz Cabanas

Duelo en sol de trece actos

Por Sergio Allepuz Giral

A eso de las tal

Por Fernando Barrera Esteban

Yo, soy esa

Por María José Pellejero Letos

El republicano

Por Irene Golden Ruiz

Renglones torcidos

Por José María Tamparillas Romero

Primer Premio: Angélica Morales

Angélica Morales nació en Teruel, en 1970. Actualmente reside en Huesca y alterna su pasión por la escritura con el teatro. Es licenciada en Historia Antigua por la Universidad de Valencia, y Diplomada en Arte Dramático por la Escuela del Actor de Valencia.

Ha publicado los siguientes libros:

- Benedicto XIII, el papa Luna : El hombre que fue piedra. (novela). Editado por Delsan, Zaragoza, 2006.
- Piel de lagarta. Editado por Certeza, Zaragoza, 2007.
- Yakarta o La última zorra. Editado por El Atrapamundos, Zaragoza, 2007.
- El duende de cristal. Editado por el Ayuntamiento de Huesca, 2008
- Amar en martes. Editado por Certeza, 2009.
- La huida del cangrejo. Mira Editores, 2010
- Del Matarraña a New York. (junto al escritor Javier Aguirre), Editado por Premio Internacional de poesía Miguel Labordeta 2011.

La traductora búlgara

Por Angélica Morales

Lleva un sombrero verde de piel sintética.

Antes de entrar a La Republicana apura el cigarrillo. No es hermosa y arrastra el cansancio, también una maleta de ruedas forrada con pegatinas de hoteles. Tiene un perfil soviético, de rasgos angulosos, y aunque su correo electrónico era estricto, la traductora búlgara llega con retraso a la cita.

El camarero me sirve cerveza mientras un niño obeso finge tocar el piano. Lo imagino, al niño, veinte años después en este mismo lugar, puede que ya no tenga pelo y aborrezca a las mujeres, que se haya licenciado en biblioteconomía y sienta debilidad por las películas subtituladas. Lo imagino, ahora mismo, ofrecer un concierto invisible y hacerse de rogar cuando alguien lo reclama desde las mesas del fondo.

Bebo sin apartar la mirada de Dana, así se llama la traductora búlgara.

Vive en las afueras de Sofía, en un apartamento minúsculo que huele a humo y col. Hace unos meses se puso en contacto conmigo. Está interesada en traducir mis obras de teatro al búlgaro. Lo único que puede ofrecerme es un número indeterminado de ejemplares y la promesa de que Misha las representará en uno de los mejores escenarios de Bulgaria. Misha es un director de teatro famoso en toda Europa, es de origen ruso, juega al golf y tiene un gato persa al que llama Eliot, como el poeta inglés.

Antes de acudir a nuestra cita le he pagado una habitación a Dana en un hostel de la Gran Vía.

Sobre la cama, le he dejado un ramo de margaritas.

Me gusta Dana y me gusta frecuentar la tienda de los chinos, La Republicana, y las mujeres del este. Las prefiero viejas, de sonrisa rota, que no sepan hablar bien mi idioma y que no hurguen en mi cartera. Mujeres que ya se han borrado del mapa y que guardan los tangas en el bolsillo de sus abrigos de piel, como Dana.

Estoy sentado en la barra, bajo una placa que anuncia la "calle Carmen". No soy un tipo hablador, por eso suelo pasar desapercibido entre los demás clientes. A mi lado un turista con acento alemán pide un pincho de tortilla y dos croquetas. El niño obeso continúa tocando el piano a la vez que tararea una canción de ópera.

No sé en qué momento se le ha llenado la boca, pero aporrea las teclas que no están, al tiempo que sus labios hacen picadillo el aire con una fina melodía.

Las actrices adoran los restaurantes con encanto, por eso suelo traerlas a La Republicana. También adoran retorcer mechones de pelo entre sus dedos mientras comen y acarician con la mirada los retratos que cuelgan de las paredes.

Confundo a menudo la geografía de sus cuerpos, pero no puedo olvidar el tono de sus voces o sus ademanes, la forma en que caminan sobre el escenario ni el olor a sudor dulce que emana de sus axilas al ensayar una obra.

- Invítame a una ronda, anda, y a unos "Huevos a La Republicana", ¿sí? Y a un pastel de calabaza. El carajillo lo pago yo, por supuesto.

Cuando María Luisa interpretaba el papel de "La señorita Julia", en el Teatro Principal, solíamos venir aquí, a escondidas del resto de la compañía. Entonces la amaba. En secreto la había convertido en Harriet Bosse, aquella joven actriz que en los ensayos de "Camino a Damasco" había logrado seducir a Strindberg.

Mientras bebo la cerveza, acaba de hacer acto de presencia una pareja vestida de negro seguida de una chica con la cámara al hombro. Cinco minutos más tarde llega un joven con gorra y pañuelo de lunares anudado al cuello.

La modernidad me espanta, prefiero la decadencia, esa ruina exacta que poseen las mujeres del este, como Dana, que da a lo lejos pequeños sorbos a su café.

Podría haber escogido violetas o tal vez una magnolia, sin embargo, obedeciendo a un impulso, me decidí por dejarle margaritas sobre su cama.

En la tienda de los chinos las flores crecen en el interior de las cajas registradoras y huelen a imperio y arroz tres delicias.

La chica de la cámara da órdenes a la pareja vestida de negro, mientras que el joven de la gorra y el pañuelo de lunares observa furtivamente su imagen en un espejito de mano, muy cerca de la traductora búlgara, a la derecha de la pareja vestida de negro que murmura entre sí, señalando al niño obeso del piano.

A pesar del ruido, escucho su conversación entrecortada.

- ¿Cómo se ve desde fuera el panorama cultural aragonés? - pregunta el joven de la gorra y el pañuelo de lunares.

Con disimulo, busca el mejor de sus perfiles.

La mujer vestida de negro se muerde el labio antes de contestar, pero el niño obeso que aporrea el piano aumenta su furia y en un intento por llamar la atención se lanza a los pies de la chica de la cámara interrumpiendo así la grabación.

Como cualquier dramaturgo que se precie, he de decir que el teatro está muerto y que la cultura hace siglos que agoniza. Mi mejor perfil, como el de casi todo el mundo que se observe con atención al espejo, es el izquierdo.

Llevo puesta mi americana de la suerte.

Pero... como les iba diciendo, no suelo mezclar el trabajo con el placer. Más que enamorarme de las actrices, me enamoro de sus ausencias, del vacío que dejan sus

bellezas en mi vieja memoria.

La madre del niño obeso, que por sus rasgos también parece búlgara, abandona su patata rellena para acudir al rescate. Al llegar a su altura y sin mediar palabra, le cruza la cara de un bofetón. Tiene restos de pan en el escote.

No es la primera vez que me traducen a otro idioma. Mi obra ya puede leerse en francés, inglés, alemán y rumano. Las traductoras siempre toman café frío y fuman a escondidas, mientras sus manos buscan sobrecitos de azúcar para entretener sus inquietos dedos. No, todavía no me he acercado a ella.

La observo desde mi rincón. Y pienso, si acaso sus bragas estarán raídas, cuantas mudas habrá en la maleta, si permanecerá en Zaragoza unos días o solo ha venido a pedirme el consentimiento oficial para la traducción de mi obra.

¿Qué ocurriría si yo apretase su cuello, si su respiración se detuviera entre mis dedos, en la habitación del hostel, después de haberle arrancado a las margaritas todos sus pétalos? La mujer de la cámara sale al exterior seguida por el joven de la gorra y el pañuelo de lunares anudado al cuello.

Discuten tras la puerta.

Tras la puerta se besan, una, dos, tres veces.

La traductora búlgara tiene los labios desnudos y la nariz demasiado larga. Cuando busqué sus fotos en Google parecía otra.

Es posible que tenga una hermana gemela que haya nacido en Budapest, por ejemplo. La gente miente.

Yo también comía cacahuets y mentía asomado al Facebook hasta que decidí borrar mis huellas del mundo virtual.

Se acabaron los ensayos por hoy, he dicho.

En mi nueva obra el papel protagonista lo interpreta María Luisa. No pronuncia bien las erres y le falta energía sobre el escenario, pero siempre está dispuesta a echar un polvo. María Luisa ignora que su cabello huele a miel y flores muertas, su aroma viaja ahora en el gorro verde de piel sintética, y me llama.

El hostel de la Gran Vía es discreto.

Lo regenta una señora tuerta que plancha los billetes con el puño.

Me he quedado con ganas de preguntarle dónde perdió el ojo, si lo ha sustituido por uno de cristal o si alguna vez (en el caso de que haya decidido hacerlo) se le ha caído al plato de la sopa.

La traductora búlgara comienza a impacientarse.

Busca con la mirada a un escritor de teatro. 1'80 de estatura, complexión fuerte. Le dije que uso gafas y que estaría leyendo a Strindberg, pero a su alrededor no hay nadie, tan solo el niño obeso y su madre que, sincronizados, devoran los restos de la patata rellena. La pareja vestida de negro se aburre junto al piano. Da la sensación de que la entrevista les ha obligado a posponer su suicidio de poetas sin éxito.

Mi psiquiatra acaba de diagnosticarme esquizofrenia paranoide. La noticia me ha hecho feliz porque significa que me estoy acercando a la genialidad, incluso creo que se me ha puesto cara de ahogado. No sé por qué pienso que los dramaturgos han de morir ahogados, solos y ahogados en una bañera repleta de agua salada mientras una joven pelirroja sostiene tu mano inerte, como en uno de esos cuadros franceses.

Ahora que recuerdo, la habitación del hostel no tiene bañera, tan solo una ducha de plato por la que desfilan las cucarachas.

Estuve una vez allí con María Luisa, mi ayudante. A ella le gustan los hostales, las camas sucias y mear de pie, igual que si fuese un hombre.

María Luisa y yo no nos soportamos. Me ha cambiado por un narrador aragonés que escribe francamente mal.

De lejos, la traductora búlgara y ella tienen cierto parecido, el perfil y la impertinencia, quizá.

El tiempo no me espanta, por eso no llevo reloj. Sin embargo los poetas no dejan de mirar el suyo durante la entrevista.

Me gustaría poder oler la tristeza de uno de esos poetas, pienso.

Mi gato Eliot olía a Bourbon y acantilado y el caso es que nunca salió de casa, claro que mi gato Eliot no era poeta, más bien era un perro y se llamaba Traidor, como el gato de Misha. La mujer de la cámara regresa, deposita sobre la barra un billete de cinco euros y abandona La Republicana acompañada de la pareja vestida de negro.

En la calle, el joven de la gorra y el pañuelo de lunares anudado al cuello, fuma nervioso un cigarrillo.

Yo dejé el tabaco hace dos inviernos, ahora bebo cerveza y mastico chicle de menta. En los estrenos, cuando no tengo uñas, muerdo la nariz arrogante de María Luisa. Sé que lo nuestro está...

- Acabado – se apresura a decir María Luisa-. Muerto como el mar aquel donde flotan las cámaras de los turistas japoneses.

El turista que hace un rato ha pedido un pincho de tortilla y dos croquetas con acento alemán, vuelve a llenarse el estómago con una delicatessen de morcilla.

Antes de engullir, ruega a la camarera que le dispare una fotografía.

El cine me atrae tanto como Dana.

Rodaría con ella en la estación de Delicias, apeándose de un autobús viejo, buscando entre los demás bultos su maleta de ruedas forrada con pegatinas de hoteles antiguos.

Un plano corto de su gorro verde de piel sintética flotando entre el gentío y...

¡Acción!

El niño obeso parece leer mi pensamiento porque de pronto se apodera de la maleta de Dana y llegando hasta el piano deja caer su culo sobre la esfinge del Hotel Semíramis. Las maletas son habitaciones portátiles que transportan miserias: el cepillo de dientes sucio, ese sujetador que tiene un agujero a la altura de los corchetes, aquellas medias remendadas, un vestido de hace dos años, comprado en una tiendecita de Granada, tres novelas de amor de Barbara Carland, la funda de las gafas, un laxante, crema antiarrugas, el pijama de felpa con motivos orientales y un CD de Pavarotti.

Cuando las cosas comienzan a ponerse feas, me levanto y con gesto cómplice le indico al encargado que apunte las consumiciones en mi cuenta, luego, renqueando, hago mutis por el foro.

“Violetas, violetas”, murmuro sorteando el escalón de la entrada.

Violetas sobre la cama del hostel de la Gran Vía.

Cruzo la acera y saco las llaves del bolsillo.

Retiro el cartel que reza “Vuelvo en diez minutos” y abro mi negocio de ortopedia.

Antes de sentar a María Luisa en la silla de ruedas eléctrica le acomodo el gorro verde de piel sintética y le susurro al oído palabras de amor, se lo digo en búlgaro, porque María Luisa se parece mucho a una traductora búlgara que amé perdidamente en mi juventud.

Se llamaba Dana. Tenía un apartamento en las afueras de Sofía que olía a humo y col.

Ha comenzado a llover, lo veo a través de los cristales de mi ortopedia, pero aún imagino que estoy en La Republicana, esperando a Dana, como hace años, mientras nuestro pequeño hijo ya muerto finge tocar una melodía en el piano.

Premio del Público: José Antonio Panero Martínez

Licenciado en Filología Hispánica y Máster en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera, trabajó durante cinco años en la República Federal de Alemania como Profesor de Lengua y Cultura españolas en la Universidad Popular de Lindau am Bodensee (Baviera). Funcionario público desde los años 70, ha dedicado su vida a la docencia. Ha impartido conferencias sobre Literatura española e hispanoamericana en instituciones públicas y privadas, dentro y fuera de España.

Como creador literario, J. A. Panero se ha hecho acreedor de más de una treintena de premios, entre los que se cuentan algunos de los más prestigiosos de narrativa breve en lengua española (Antonio Machado, Gabriel Miró, Cuentos de Invierno, Ciudad de Tudela, Hucha de Plata y Hucha de Oro en miniatura, Ciudad de San Sebastián, Paradores de Turismo de España...); de literatura infantil (El Barco de Vapor, CCEI); de artículos periodísticos (Luis García Berlanga) y de poesía (Ciudad de Ponferrada, Gerardo Diego, Ángel Crespo, Blas Infante, Justas Poéticas Castellanas...)

El retrato perdido de Cornelia Mainar Van Groenenberg, La republicana

Por José Antonio Panero Martínez

La sangre de los hombres es un río subterráneo con vocación de sombra, una corriente oscura destinada al olvido, una arteria sinuosa y larguísima que no sabe en qué dirección van a ramificarse sus capilares más tiernos bajo la costra de la tierra. Un hombre y una mujer proyectan en la tersura de las sábanas un hijo como si un hijo fuera un árbol que echará raíces a pocos pasos de los pies de la cama, como si un hijo fuera un cerezo dulcísimo donde apoyar la segura vejez, la inevitable muerte; a empujones de pelvis, a golpe de riñón, a mordisco vivo, a besos como pétalos, a risas sofocadas por los tiernos gemidos, a susurros al borde de la oreja, un hombre y una mujer perfilan en un lecho la sangre, el esqueleto, los cartílagos, los ojos, la sonrisa de un hijo, dibujan a dos manos una copia a medias de sí mismos, diseñan como para siempre la figura de un vástago sin saber que los hijos son levísimas hojas en las manos caprichosas del viento. No lo sabían desde luego los padres de Tarsicio Mainar Tabuenca cuando en el invierno de 1912, al arrullo de la fuente de los veinte caños, en Daroca, concibieron al suyo.

Mataró no estaba a los pies de la cama, pero tampoco estaba lejos. Mataró está solo a poco más de cuatrocientos kilómetros de Daroca, pero en 1928, cuando Tarsicio Mainar Tabuenca empezó a trabajar como aprendiz de mecánico textil en las máquinas de desfibrado y peinado que la empresa de géneros de punto Viuda de Cayetano Marfá tenía en la ciudad, la distancia entre Daroca y Mataró era para la madre del muchacho una distancia lacerante, insalvable, infinita. Quizá porque el dolor, como la curvatura del espacio-tiempo, obedece también a las leyes de la relatividad general. Si la madre de Tarsicio Mainar Tabuenca hubiera sabido que nueve años más tarde, en 1937, su hijo iba a salir huyendo de España, la distancia entre Daroca y Mataró le habría parecido insignificante y habría sido capaz de recorrerla de rodillas si con ello hubiese podido evitar que su hijo marchase para siempre a un exilio del que no habría de volver.

Yo conozco bien la historia de Tarsicio Mainar Tabuenca y el hilo sutil que lo une a este establecimiento donde me encuentro ahora, sin que nadie más en la ciudad tenga ni siquiera idea de quién fue aquel hombre. Yo conozco bien su historia, aunque no soy el único. Podrían haber mandado en mi lugar a otras dos o tres personas, pero han querido que fuera yo el que se encargase del caso. Es un asunto delicado. Antes o después tendré que hablar con el dueño y decírselo. Para eso he venido. Pero no quiero precipitar las cosas y echarlo todo a perder. Me tomaré el tiempo necesario. Si el dolor de la pérdida ha durado treinta y ocho años, bien puede retrasarse unos días el gozo de la recuperación.

Ayer llegué a Zaragoza. Por consejo del taxista que me trajo desde el aeropuerto, me he alojado en un hotelito de la calle Espoz y Mina, cerca de la Plaza del Pilar y no lejos del río: era el más cercano a La Republicana, epicentro de mis operaciones. Y ahora estoy aquí, anónimo cliente sentado a una de estas mesas con humildes manteles a cuadros rojos y blancos, o blancos y azules, dejándome llevar por la confusión de las alegres voces de los parroquianos que llenan el local, casi sin escuchar, casi sin entender lo que dicen, solo con mi cerveza espumosa y mi tapa de pimientos rellenos de atún,

como hipnotizado por el aroma narcotizante de puerros al roquefort que disputan los átomos del aire al revuelto de bacalao y a la cebolla confitada, oigo voces de camareros ordenando combinaciones sorprendentes de guirlache de morcilla, butifarra con setas, almendrados con espinacas, huevos republicanos, huevos rotos con patatas al montón..., y siento que el hígado y el bazo se me vuelven translúcidos, casi transparentes, y floto en una atmósfera de irrealidad, en un mundo desconocido para mí, mientras mis desacostumbrados ojos pasean por las paredes abigarradas de cuadros y fotografías, de hornacinas y estanterías de un color desvaído, repletas de botellas de vino y tarros de conserva que han perdido la edad, repletas de objetos impensables...

El destino de los hombres no es visible en la palma de la mano ni está escrito en las estrellas. El destino no existe, el destino es solo el resultado de la interacción de nuestras decisiones con el impasible azar, que todo lo gobierna. Cuando en 1937 Tarsicio Mainar Tabuenca subió al tren que lo llevaría a Portbou, el joven republicano no sabía que iría a dar con sus huesos a más de mil cuatrocientos kilómetros de la casa paterna, a una tierra dominada por la niebla y las lluvias, en Flandes Occidental. Y no sabía tampoco, ni tan siquiera podía imaginar, que setenta años después, cuando él ya hubiera muerto, algo suyo iba a venir a parar a esta casa de comidas, desordenada anticuaria de un pasado remoto, en el corazón de Zaragoza. Como si la sangre volviera a sus orígenes, como si el espíritu que alienta en los objetos reclamase el retorno al aire primigenio. Leo en un letrero de calle pegado a la pared, junto a una repisa de tarros de conservas: 'Avenue des Nebuleuses', y pienso en la nebulosa de sentimientos en conflicto que debió de agitarse en el pecho de Tarsicio Mainar al pisar por primera vez las calles nevadas de Kortrijk. Del campo de refugiados de Argelès-sur-Mer, a escasos treinta y cinco kilómetros de la frontera franco-española que acababan de atravesar, en el departamento de Pirineos Orientales, Tarsicio Mainar fue enviado, cuarenta y ocho horas después, con dos de sus compañeros de infortunio, primero a París y de allí a Bélgica. En la playa francesa de Argelès-sur-Mer donde medio muertos de frío se

hacían los refugiados, un gendarme le había preguntado Où avez-vous travaillé? Que savez-vous faire? y Tarsicio le había mostrado su cédula de oficial mecánico. Chef mécanicien dans l'industrie textile? A veces un gesto, una palabra, un mísero papel con la firma ilegible de una autoridad que nadie conoce, un mísero trozo de papel en el que aparece una fotografía nuestra con el rostro sonriente o sorprendido por el fogonazo del disparo, un insignificante papel que no olvidamos llevar con nosotros en la precipitada huida se convierte en un papel que lo significa todo. Porque sin él nuestra vida sería otra vida, hubiera sido otra, podría incluso no haber seguido siendo. Bien, pour vous ça sera la Belgique. Votre avenir est en Flanders, jeune homme. Pero no es el destino. No depende de la posición de los planetas ni de la circunvolución de los astros en el firmamento, que describen sus órbitas con cósmica indiferencia ante el espectáculo de vida y muerte que se escenifica en la tierra. El destino no existe. Lo que los ingenuos llaman destino no es más que la conjunción de lo que hacemos con las infinitas combinaciones que el azar baraja a ciegas. Sin saber ni una palabra de neerlandés, con una barba de cuatro días y unos pantalones que acumulaban en el dobladillo toda la tristeza y el abandono de este mundo, Tarsicio Mainar se apeó en la estación ferroviaria de Kortrijk el veintisiete de febrero de 1937 y ni en sus mejores sueños habría podido creer que dos años y cinco meses más tarde se casaría en la Sint-Antoniuserkerk, la iglesia de San Antonio, con Cecilia Van Groenenberg, la hija mayor de Stefaan Van Groenenberg, el empresario textil, fabricante de paños de lino, que primero lo acogió en su fábrica, en la margen izquierda del Leie.

Ayer, a mi llegada, vi por primera vez el río. Yo amo los ríos. Comparado con el Ebro, el Leie, aunque navegable, parece un río de decorado, un río de cartón piedra, cuyas aguas sin embargo han movido, durante generaciones, los batanes y los telares de los que han salido los mejores lienzos del continente. Bajo los numerosos arcos del puente de piedra, el Ebro es como uno de los cuatro gigantes de Bernini, un coloso de agua que entusiasma y aterra a un tiempo, un titán generoso e irascible que dormita resollando espumas; a su paso por Kortrijk, el pacífico Leie es solo un amable espejo en el que se reflejan, por encima de los tres ojos del puente, las torres Broel, con sus cúpulas cónicas. En las aguas del Leie vio también Tarsicio Mainar cómo el tiempo iba cambiando, con inexorable lentitud y empeño, la imagen que él tenía de sí mismo. Yo no he venido aquí en busca de la infancia perdida que un niño desconocido dejó a lomos del caballito blanco con gualdrapa roja que hay a la entrada del local.

Yo

no he venido en busca del sueño efervescente de las botellas de sifón que duermen en los anaqueles, ni en busca de la candidez eucarística de la fotografía ovalada en que una niña vestida de primera comunión sostiene entre sus guantes immaculados un ramito de azucenas.

Yo no he venido desde tan lejos para pesar en gramos exactos la esencia ingravida del alma en una báscula Van Berkel, fabricada en Bélgica, que hubiera podido encontrar en cualquier mercadillo de Amberes, Brujas o Lovaina. Yo no he venido aquí para sostener la mirada paralizante de ese niño guapito y pavoroso que se esconde tras los tarros de caramelos con el fin de evitar que los clientes queden petrificados a la vista de sus ojos lunáticos. Ni he venido para observar el gesto adusto de Goya, iracundo por la sordera, mientras vigila la vieja caja registradora.

Ni por la nostalgia del aroma del

café que salía del molino de manubrio en hierro fundido pintado de rojo en alguna casa de colmado, en algún establecimiento de ultramarinos que el tiempo ha convertido en tierra, en polvo, en humo, en sombra, en nada. Yo no he venido aquí desde tan lejos para imaginar que escucho las baladas inaudibles del acordeón que yace en la repisa, la música marinera que salía de este acordeón en una casa de lenocinio sabe Dios en qué ciudad portuaria o tal vez la música de barracón de feria con la que este instrumento anunciaba monstruosas atracciones, señoras y señores, lo nunca visto, la mujer barbuda, con notas falsamente alegres que ahora duermen fosilizadas en su fuelle. Ni he venido por los carteles publicitarios modernistas que daban ilustraciones precisas sobre el funcionamiento del mundo: << 'La Popular' Fábrica de lejía líquida. Obtenida por procedimientos químicos. Modo de usarla. Pónganse por cada litro de esta lejía, de 25 a 30 litros de agua>>, ni por el perfume amarillo de las calabazas, ni siquiera por seguir el rastro de la Profesora de piano cuya placa esmaltada en porcelana está clavada al piano que ya no toca nadie, ni por la máquina de coser Werther en la que una mujer palidísima fue bordando camelias y pájaros al vuelo para su ajuar de novia o quizá una viuda olvidada cosió la mortaja a su marido. Ni siquiera por eso. Yo he venido desde tan lejos únicamente por el retrato de una mujer.

Cuando Stefaan Van Groenenberg vio lo que Tarsicio Mainar sabía hacer con las manos en las máquinas de tejer de su fábrica, y la buena industria que se daba para el negocio, volcando todo el corazón y la clara inteligencia en cuanto hacía, pensó que, después de todo, era una bendición del cielo que su hija Cecilia se hubiera enamorado de aquel desheredado mecánico español, porque la pobreza del muchacho era directamente proporcional a su nobleza, a su temple y a su apostura. Cecilia sería feliz

con él.

Además de la abultada dote, Cecilia Van Groenenberg aportó al matrimonio una discreta hermosura, la pasión por los gatos, un carácter amable y el color de trigo de su larga melena, que habrían de heredar más tarde sus tres hijas. Tarsicio llevó altar una voluntad de hierro, una honradez a prueba de tentaciones, un chorro de sangre encabritada y una caída de ojos a punto de caramelo que dejaba sin brújula a las mujeres, según cuentan los que lo conocieron entonces. Tarsicio y Cecilia se amaron entre sábanas de Holanda salidas de la propia factoría de su padre y suegro, y concibieron a empellones de médula, una tras otra, tres hijas en los cinco primeros años de matrimonio: Floortje, Cornelia y Anneliese.

La segunda de las hijas, Cornelia, nació el 27 de agosto de 1942 y se casó, veinticuatro años más tarde, con el profesor de latín Gerlach Van Eulen en la Sint-Antoniuserkerk, la misma iglesia en la que se habían casado sus padres. Los Van Eulen no tenían hijos ni esperanza de tenerlos nunca, porque la joven esposa padecía una salpingitis bilateral permanente que la había convertido en una mujer moderadamente nerviosa, bella y estéril como una rosa del desierto. En 1973, sin embargo, contra todo pronóstico, Cornelia quedó encinta y, para celebrarlo, su padre y su esposo le regalaron a medias un apartamento en el Carrer d'Aragó, en Barcelona, ciudad que Cornelia amaba sobre todas las que conocía de España. Fue en esa casa de Barcelona donde, por encargo de Gerlach Van Eulen, se pintó el retrato: un último regalo para eternizar el embarazo aún invisible.

En el cuadro Cornelia aparece como los que la conocieron dicen que era: seria, con un rictus de extraña amargura en la boca pequeña, el rostro ovalado, bien perfiladas las cejas sobre unos ojos de miel, herencia de su estirpe española, y con el pelo trigueño y ondulado recogido en una coleta que se insinúa por la espalda y deja al descubierto un grácil cuello de cera. Adivinamos que está sentada, porque el brazo y la mano izquierda reposan, lánguidos e indolentes, sobre la amplia falda azul que viste. La mano derecha - afilada, bellísima, perfecta- se apoya en jarras sobre el talle, con la punta de los dedos casi tocando la cintura de avispa, que aparece ceñida por una faja de seda oscura donde se recogen los pliegues de una blusa roja con estampados en oro.

El 25 de noviembre de 1973, Cornelia Van Eulen murió de parto cuando alumbraba a su único hijo en el hospital comarcal de Kortrijk. Tenía treinta y un años. El suceso causó tal conmoción en la familia, que ni su padre ni su esposo quisieron saber más de la casa de Barcelona: en un viaje relámpago a la ciudad condal, Gerlach puso el piso en manos de una agencia para que fuera vendido enseguida con todo cuanto dentro de él había. El desesperación por la pérdida de su joven esposa debió de ofuscar la mente del profesor de latín, porque no reparó -o tal vez no quiso reparar, porque la vista del cuadro era entonces demasiado dolorosa- en el retrato de Cornelia, que fue a parar a 'Els Encant Vells', el rastro barcelonés situado junto a la Plaça de les Glòries Catalanes. Cuando, de vuelta en Flandes, reflexionó sobre lo que había hecho y quiso volver a recuperar el cuadro, la pintura había desaparecido.

Yo estoy aquí solo por ese cuadro. La clientela que llena La Republicana charla animadamente y ríe frente a sus vasos de vino y sus cervezas, mientras todos pican de la verbena de montaditos y tapas, completamente ajenos a mi intención, a mi identidad y a mi origen. Ajenos a este casi imperceptible temblor de piernas cuando me levanto de la

silla y paso, indiferente, por delante de las docenas de cuadros y fotografías de mujeres que cuelgan de la pared, porque de todos los retratos femeninos que hay en esta casa yo solo tengo en la mente y en el corazón uno, semienterrado entre dos paredes angostas, y he venido a buscarlo. Me acercaré al mostrador y preguntaré por el dueño, apoyaré las manos en la barra de latón bruñido para que no se me note el golpear del corazón en los pulsos, sacaré del billetero la fotografía de Cornelia Van Eulen, de soltera Cornelia Mainar Van Groenenberg, dejaré que la examine a la luz cenital de las bombillas de globo que cuelgan del techo y después le rogaré amablemente que me devuelva el retrato de mi madre o que me pida su peso en oro.

Cambio de vida para un muerto

Por Herbert Poll Gutiérrez

*“Para la mayoría de nosotros, la vida verdadera es la vida que no llevamos”,
Oscar Wilde.*

En la Hostería La Republicana, un día que no recuerdo ni quiero acordarme...

Si me pides el pescado te lo doy, te lo doy, te lo doy, te lo doy.

SILENCIO

Si me pides el pescado te lo doy, te lo doy, te lo doy, te lo doy.

SILENCIO

Si me pides el pescado te lo doy, te lo doy, te lo doy, te lo doy.

—Mi nombre es Miguel y...

—¡Cuidado! —advierte una misteriosa voz.

—Como te decía. Me llamo Miguel y...

—¡Cuidado! ¿Olvidaste cómo llegaste aquí?

—Por supuesto que no olvidé como llegué aquí. Soy afortunado. Estoy en el lugar al que muchos quieren ir más su humilde sueldo no les permite llegar, el mayor polo turístico del país, el único circo del mundo que no tiene monos: está lleno de leones. Hace seis meses, después de muchas caminatas bajo el cínico sol del mediodía, con la esperanza de hallar trabajo, decidí cambiar mi método. Llamo al hotel de mis sueños y por primera vez no me dicen: «No tenemos plaza», o «nosotros te llamamos». Entonces, los espíritus de la mala suerte, enojados porque están al perder su conejillo de indias favorito, hablan con el buen samaritano que deseaba ayudarme y éste, después de decirme: «Puedes venir mañana, eres el hombre que necesitamos», pregunta: «¿De qué color eres?» «Soy negro, no puedo ser diferente». S-I-L-E-N-C-I-O. Se cae la comunicación.

Si me pides el pescado te lo doy, te lo doy, te lo doy, te lo doy.

Yo no ataco. Seré loco, arrebatado, esquizofrénico clase A, pero tengo mis límites. No ataco porque me hallo en el lobby del hotel más grande del país, un hotel que ha tenido más nombres que clientes, tiene tres cámaras por cada metro cuadrado. Un hotel conocido como: La Prisión.

Si me pides el pescado te lo doy, te lo doy, te lo doy, te lo doy.

—Atacarla, besarla, irme de Zaragoza es lo que quiero, pero si...

—¿Dudas?

—¡Claro que no! Seguridad es mi apellido. Ahora es diferente. Huyo de los pensamientos negativos porque quiero irme del país. Adiós a los tiempos de meterme a escondidas en las habitaciones de las turistas, arriesgando el trabajo por orgasmos bilingües y copas de champagne de tercera. Si Manolo alias el Yeti se casó con una modelo francesa, yo también puedo. Pero... ¿Valdrá la pena arriesgarlo todo? ¿Y si es una triple F? ¿Si solamente ha venido a find, fuck and forget?

—¿Find, fuck and forget?

—¿Si solamente ha venido a encontrar, hacer el amor y olvidar? Además, Las norteamericanas son así. Desprejuiciadas. Son mujeres modernas, no hacen tantas preguntas y siempre dicen sí a los desconocidos, sobre todo si son nativos del país que visitan para derrotar al estrés; entonces, como al extraño seleccionado no le importa su nacionalidad o profesión, lo invitan a una discoteca bien alejada de donde reposarán de las mezclas de cerveza-vodka, vino-daiquiri o cocaína-sexo-marihuana. Llegan al recinto escogido para expresar sus verdaderas personalidades y... comienza la función. Bailes sensuales, besos franceses y éxtasis cuando los dedos del nativo acarician el clítoris.

De súbito, míster P, el a veces promiscuo miembro reproductor masculino, despierta: se cansó de juegos, desea ser conocido, premiado, quiere demostrar que puede producir placer trescientas veces sin cansarse, pero...ellas dicen no, mil veces no, que sólo quieren bailar, o te presentan a su novio, quien casi siempre es un rubio con cara de asesino en serie de dos metros veinte centímetros, el cual vio todo el show con tendencias porno y puede hacerte dos cosas: Golpearte por hacerle a su novia lo que él no le hace ni le hará o pagarte doscientos dólares si haces el amor con su Julieta frente a sus ojos mientras él, mientras él... mientras él...

¿Mientras qué, mientras qué, mientras qué?

—Mientras él se masturba.

¡Correctoooo! —exclama excitada la misteriosa voz y hace retumbar el sitio—. ¡Decídete y serás libre!

—¿Si me decido seré libre?

¡Decídete y serás libre!

—¡Discoteca, eso es! ¡La llevaré a una discoteca!

Solamente los locos se comportan como tú.

—¿Por qué? Sé que tuve un problema el año pasado en una discoteca pero...

Solamente los locos se comportan como tú.

—¿Solamente los locos se comportan como yo? Yo no estoy loco, locos son los que viven conmigo. Además, si los enfermos mentales crean su propio universo y no saben comportarse en el nuestro, ¿cómo diablos yo sé que en el país ahora es el Euro quien abre todas las puertas sin la ayuda de un cerrajero?

¿Recuerdas a los que no triunfaron?

—¡Por supuesto que recuerdo a los que fracasaron antes que yo! ¡Desesperación, aléjate de mí! No quiero terminar como esas prostitutas, digo, como esas mujeres que van de brazos en brazos, esas mujeres de nadie. No deseo terminar como Luisa, quien no sabía que los extranjeros parecen bobos pero no lo son y lo perdió todo por un chulo. O como María, quien gastaba en una semana los 1.500 euros que le mandaba su novio alemán. O en el peor de los casos no quiero terminar como las cubanas Caridad y Sonia quienes... otro día les contaré la historia.

La competencia. La competencia. La competencia. La competencia.

Jean, mi jefe, es el más peligroso de todos, y cuando digo todos quiero decir que todos desean mejorar, cambiar, hallar una luz aunque dicha luz sea ciudadana de otra geografía. Los cocineros aspiran a ser chefs en cualquier restaurant de Francia. Los de la recepción temen que descubran que manipular precios está en su contenido de trabajo. Los que cargan maletas están cansados de no recibir propina por su papel de Hércules asalariados. Pero todos, sin importar raza, credo y religión, tienen ganas de ver, palpar, sentir una palabra: PROSPERIDAD.

Jean es el más peligroso de todos, es ambicioso, prepotente, oportunista, una versión española de Hitler. A pesar de tener tres novias de diferentes culturas, nivel económico, quiere más y más. Sus Julietas foráneas no le han dado lo que desea, aunque se dice que no ha abandonado el país debido a la única mujer confeccionada para soportar sus defectos; su madre. Otros, que teme comenzar de nuevo, de cero, prefiere ser parásito, vivir del sacrificio de sus novias. En el amor da el que más tiene pero según los comentarios Jean no ha conjugado ni jamás conjugará el verbo trabajar. En conclusión, e incluyo las malas y buenas lenguas que por primera vez en la historia de la humanidad están de acuerdo: Jean no ha cambiado ni cambiará. Defenderá lo suyo aplicando su método favorito: Ajusticiar a los que hacen lo mismo que él.

Novia: ¡Sacrificate!

Miguel: ¿Quién eres?

Novia: Tu novia.

Miguel: No lo eres. ¡Devuélveme a mi novia!

Novia: No hay motivos para reaccionar así. Son tiempos modernos y la moda actual es: casarse con una turista de más de setenta, destriparla, estrangularla cuando te conviertas en el heredero de sus bienes y después mandar a buscar a la verdadera dueña de tu corazón, en este caso me mandas a buscar, para juntos amarse bajo la protección de la prosperidad.

Miguel: ¿Eres mi proxeneta?

Novia: No, tu novia.

Miguel: ¿Mi novia?

Novia: Mira papi. Todos lo hacen. No seas extraterrestre.

Miguel: Soy diferente.

Novia: ¿Diferente? ¡No jodas! No me digas que todo lo que has logrado, todo lo que hay en tu casa lo compraste con tu diferencia. Cuatrocientos euros al mes es papel sanitario.

Miguel: ¿Quieres que robe?

Novia: El estado lo sabe todo pero no hay cárcel para tantas personas. Además, según la constitución de la República: Quién no robe no tiene los requisitos necesarios para trabajar en el turismo de Zaragoza.

Miguel: Pero...

Novia: No te sacrifiques por mí. Hazlo por tu familia.

Miguel (Dubitativo): ¿Familia?

Novia: Sí, familia. Grupo de personas emparentadas entre sí.

Miguel: ¿Grupo de personas emparentadas entre sí?

Novia: Conjunto de personas que se consideran unidas por tener características, ideas o intereses comunes o grupos de cosas que comparten ciertas propiedades.

Miguel continúa dudando.

Novia (Enojada): ¡Chicoooo! Grupo taxonómico de animales o plantas que posee gran número de caracteres comunes y que forman una categoría o clasificación.

Miguel: ¡Eso es!

Novia: ¿Tu familia es...?

Miguel: Categoría animal.

Novia: ¿Clasificación?

Miguel: Indefinida. ¡Imagínate! Mi familia es complicada más que complicada. Belkys, mi prima, sólo aparece cuando mis amigos extranjeros deciden visitarme. Gloria se pasa el tiempo conjugando el verbo necesitar: necesito aceite, necesito jabón. Joseíto es representante de una compañía canadiense y...

Novia: ¡Dila! ¡Di la palabra! Es tremendo maricón.

Miguel: Según sus padres, las personas descarriadas con las cuales andaba le enseñaron cómo serlo.

Novia: Aquí nadie enseña a nadie a dar el único culo que tiene.

Miguel: Es el único que sirve de la familia, digo, servía. Cuando comenzó a trabajar en el turismo y le dieron un carro, hizo realidad la frase "de espalda al África". Se cansó de la negra que lo hizo persona, la única que lo recogió cuando a los dieciocho su padre le ordenó: «Ya eres mayor de edad. Trabaja o búscate una mujer con casa, este apartamento es mío y yo no mantengo hombres». Su nueva obsesión es ser como sus compañeros de trabajo; los blancos. Adopta sus creencias, ambiciones, la sobreprotección de los hijos aunque tengan treinta años, digo, trata a duras penas; con el cambio de status social olvidó que sus espermatozoides penetraron el útero de su ex esposa dando vida a un precioso niño y... «No Hay Nada en el mundo que justifique a un padre que le dé la espalda a su hijo». Rompe con sus amistades de la pobreza, traiciona a sus raíces y a sí mismo, no emplea a ningún negro, según él son delincuentes naturales que no tienen capacidad ni para orientar a su sombra. Se estira y tiñe el pelo para exterminar cualquier indicio que señale su origen africano; hasta se casa con una rubia para luchar contra el racismo, o como dicen sus enemigos encubiertos como amigos incondicionales: Le gusta el coco aunque sea rancioso.

Novia (Interrumpe): ¡Sacrificate! No hay familia perfecta.

Miguel: Pero...

Novia: Pero nada. Sé que el turismo tiene sus características especiales. Sé de las envidias, trabajos de magia negra para mantener el trabajo y cómo enloquecen las turistas cuando te ven con la trusa roja contra el mal de ojo. Muchas veces el perfume de mujeres extrañas invadió mi alcoba. Nunca dije nada. No soy celosa. No es tu culpa. Tienes el color del momento. No utilices más tu falo con las jóvenes. Ataca, haz el amor, síngate a las viejas. Son las únicas que te harán rico.

Miguel: Entonces... ¡Hazlo tú!

Novia: No sirvo para eso. Prostituirse es un arte y soy una mujer con valores.

LA DECISIÓN

La conquistaré. Según el diablo encubierto como Babalao, mi padrino, quien cobra ochenta dólares y veinticinco centavos sólo por decir «Lo que te den, cógelo», afirma que lo...que de...para no aburrir: Según los oráculos, el triunfo me ha escogido y se demorará cincuenta años en repetir la visita. Sé lo que tenía que saber. Mi presa, digo, la cazadora de tercermundistas se llama Susan Lynn Johnson, es presidenta de una compañía automotriz y, algo muy importante, sus miles de millones se rehúsan a abandonar su cuenta bancaria. ¿Valdrá la pena arriesgarlo todo? ¿Será una triple F? ¿No habrá venido a Find, Fuck, Forget? Es decir; señoras y señores y demás que detestan hablar English. Las norteamericanas vienen a España a relajarse, a encontrar un novio, amante, desean hallar alguien que les demuestre que a pesar de vivir en ciudades desarrolladas, consumistas, no han olvidado cómo amar, es decir, cuando esas norteamericanas vuelven a sus mansiones, con sus puntos eróticos satisfechos, sus emociones, sus sentimientos, se dividen en tres fases de cuatro meses cada una: Fase I: Te quiero (Desea que el que le enseñó nuevas posiciones del Kamasutra esté con ella en su país y le haga el amor las 24 horas del día).

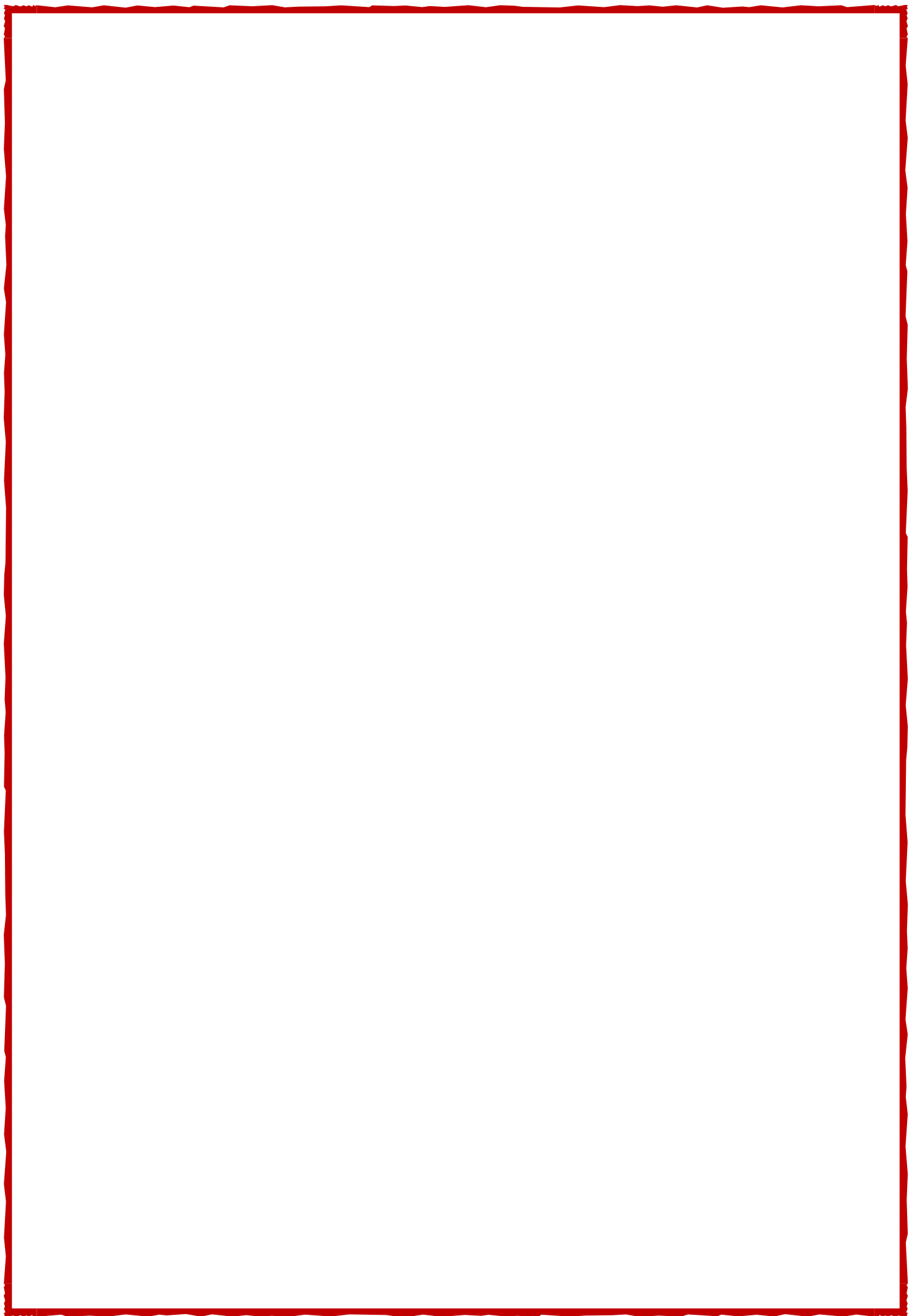
Fase II: Te Amo (Debe saber de su Romeo. No importa que hablen idiomas diferentes.

Luchará por su amor bilingüe). Fase III: Se terminó. Conocí a mi alma gemela (Vuelve a ser ella misma) Volviendo al tema. ¿Valdrá la pena arriesgarlo todo? ¿Será una Triple F? ¿No habrá venido a Find: Encontrar, Fuck: Templar, Forget: Olvidar? Por otra parte, la

instalación está caliente, caliente que te quemas desde la llegada de un nuevo jefe de seguridad, ha construido un intachable curriculum al conjugar sin errores el verbo destruir; y como el hotel está lleno de mujeres ansiosas por saber a qué sabe el sexo de los trabajadores de La Republicana, atrapar a los que desean conquistar su libertad con el filo de sus penes, es la prioridad número uno de Samuel, el hijo de puta más efectivo en todo el territorio nacional. ¿Ser o no Ser? Al carajo los obstáculos. Los cobardes no tienen derecho a aparecer en los libros de historia.

Difamación sin límites es el arma escogida para eliminar a la competencia. Mis contrarios son derrocados por mi lengua de escorpión. Susana, al ver que soy el único pretendiente en pie, acepta mi invitación de ir a un cabaret y...allí, después de tres piñas coladas y dos cervezas, me da el sí quiero casarme contigo, sellando el juramento con un tierno beso. Yo río (Ríe) Nací para vencer y nunca seré vencido. Comienzo a palpar lo que será siempre mío mientras duren los millones. Mi mano se dirige hacia el templo por el que muchos matan y...

Me marchó del país. Ahora soy como Juan Gabriel, Elton John, mis artistas favoritos, soy maricón. Digo, maricón es Juan el dulcero o Arturo el taxista. ¡Soy diferente! Ahora soy un multimillonario que juega al amor con otros hombres. Soy un homosexual feliz...feliz...feliz...



Historia de tres cuadros dipsómanos

Por Pablo Chiquero

En su juventud, mientras estudiaba Historia del Arte y visitaba con frecuencia las tabernas de Madrid, el catedrático Antonio Salvador desarrolló la extravagante y personal teoría de la pintura dipsómana. Aquella teoría se le había ocurrido mientras hablaba con Ángela, una compañera de pupitre que luego se convirtió en su esposa, y tenía como argumento principal el convencimiento de que hay objetos artísticos que están destinados, con independencia de su valía, a terminar sus días colgados en la pared de un bar, una taberna o en el mejor de los casos, un restaurante de primera.

A esos cuadros, Antonio los llamaba cuadros dipsómanos, y no tenían que ser necesariamente de mala o escasa calidad. En casi todos los museos del mundo hay cuadros que merecerían colgar en un bar y, a veces, en las tabernas también se encuentran cuadros que podrían exhibirse en un museo. Junto a estos cuadros dipsómanos, el catedrático Salvador había creado dos categorías más, la de los cuadros hoteleros y la de los cuadros clínicos, que decoran respectivamente hoteles y consultas médicas. Las tres categorías no pueden mezclarse entre sí, pues los cuadros dipsómanos siempre son mejores que los hoteleros y estos mejores que los clínicos. En fin, que aquella era a grandes rasgos su teoría y, pese a la verdad inherente que contenía, el catedrático Salvador, a sus 67 años, aún no había tenido la posibilidad de demostrarla de forma empírica.

En 2007 fue invitado a Zaragoza para participar en un simposio internacional sobre la figura de Francisco de Goya. Durante los tres días que duraron las conferencias, tomó la costumbre de almorzar y cenar en una castiza taberna del barrio de El Tubo llamada La Republicana. Ya en su primera visita observó con delectación los anaqueles atestados de conservas, los botelleros en penumbra, los viejos aparatos de radio encajados cerca del estucado, la vieja balanza de frutero, los manteles a cuadros, los sifones dormidos y la ostentosa presencia de una antigua caja registradora que parecía querer competir en adornos y teclas con un viejo piano varado contra la pared.

También se regodeó estudiando los viejos anuncios publicitarios, los bustos de mirada vacía y las viejas láminas y fotografías en blanco y negro que por algún azar habían sobrevivido derribos, mudanzas y defunciones y habían encontrado una segunda vida en las paredes de aquel local donde todavía se respiraba el aliento dulce de décadas de cigarrillos. Delante de un espejo también había una escultura de Francisco de Goya, el típico vaciado de mirar fiero y cabellera leonina cuya su presencia no dejaba de tener cierta gracia, pues al fin y al cabo él estaba allí para servir su memoria. Hasta ahí, sin embargo, todo normal. Aquel era un lugar con encanto, pero el catedrático Antonio era un hombre sabio y muy viajado, y ni las cosas ni los lugares le cogían ya por sorpresa. O, mejor dicho, casi nunca.

Al mudarse de la barra a una mesa se fijó en un cuadro colgado en el frontal de una escalera, y su mente y su alma recibieron una extraña sacudida. Se trataba del retrato de una joven delgada y alta, de rostro alargado, labios pequeños y apretados, mirar seguro y manos largas y blanquísimas, pelo ondulado y alto sobre la frente, blusa roja de cuello acordelado, fajín amarillo y falda azul. Era dueña de una de esas bellezas tristes e

inexactas a las que hay que echarles un segundo vistazo, pero que te agarran el corazón de un puñado si eres capaz de considerarla en su justa medida. ¿Qué tenía el retrato de aquella joven que le había dejado aturdido? ¿Podía ser que su certero instinto hubiese descubierto una joya en la pared de una taberna? ¿O sólo se trataba de un ejemplar notabilísimo de arte dipsómano? Durante un buen rato miró la pintura con atención, antes de preguntarle al joven propietario del establecimiento:

–Perdone, ¿de dónde salió ese cuadro?

–Lo encontramos en un rastro de Barcelona –contestó el propietario–. No sabemos quién es ella, pero la bautizamos como La Republicana, y ha acabado dándole nombre al bar.

–Uhhh, La Republicana –musitó él pensativo.

El catedrático Salvador estudió la carta con atención y, pese a la prohibición expresa de su esposa de que comiera fideos en su ausencia, pues estos se le enganchaban a la barba como si fueran blancos neumatóforos y se quedaban ahí hasta que se caían de puro secos, no pudo evitar la tentación y pidió una sopa y un marmitako de atún. Mientras saboreaba la comida, que al viejo profesor le pareció deliciosa, se reprochó el estar haciéndose viejo, pues no era posible que un simple ejemplar de pintura dipsómana le hubiese impresionado de esa manera, y aunque durante un buen rato se chanceó de sí mismo y de su extraña y repentina obsesión, hasta que abonó la cuenta y abandonó la taberna, se vio obligado a lanzarle sutiles miradas de desconfianza a aquella señorita de camisa roja que miraba a ras de coronilla de los que bajaban por la escalera.

Aquel día ya no volvió a pensar en La Republicana, pero por la noche, mientras dormía en la oscuridad zumbante de su hotel, la muchacha del cuadro se presentó en sus sueños de forma tan vívida que el catedrático Salvador se despertó sobresaltado y ya apenas pudo dormir. Cada vez que cerraba los ojos, ella volvía a materializarse, tan real y carnal que incluso llegó a sentir remordimientos por compartir habitación con otra mujer que no fuese su esposa. Cuando por fin se quedó dormido, la vio sentada en distintos sitios, en el borde de su cama, sobre su maleta, en el escritorio o sobre el borde de la bañera. Por la mañana, al despertarse, decidió llamar a su esposa y contarle el extraño caso que le acontecía.

–Pero Antonio –le dijo, conocedora de las rarezas de su marido–, no es la primera vez que descubres en una taberna un buen cuadro dipsómano.

–No, pero esta vez es diferente. Esa muchacha se me ha aparecido en sueños –le explicó él–. Primero creí que me había llamado la atención porque se parecía a ti cuando eras joven. Pero no, no es ésa la razón. Puede que la haya visto en otra ocasión.

–En cualquier caso, no le des demasiadas vueltas a la cabeza –le tranquilizó ella–. Ya sabes que el psicólogo te tiene prohibido rumiar ideas. ¡Ah, y si comes fideos, no olvides limpiarte la barba!

El segundo día de estancia en Zaragoza, el catedrático Salvador volvió a almorzar en la Republicana. Pidió sopa y huevos fritos con morcilla y, mientras los fideos iban quedando colgados de su bigote con cada alimenticia y sabrosa cucharada, llegó al convencimiento absoluto de que había visto ese cuadro en otra ocasión. De pocas cosas había estado tan seguro en su vida como de aquella. Por desgracia, seguía sin saber dónde. A propósito, demoró la sobremesa sobándose y expurgándose la barba de fideos y, cuando la mayoría de clientes se hubo marchado, le contó al propietario de la taberna la extraña ofuscación que sufría.

–¿Podría usted descolgar el cuadro para que pueda estudiarlo de cerca? –le preguntó.

–Por supuesto –le dijo el encargado–, pero le advierto que no está en venta.

La Republicana fue desclavada y descendida y, durante casi media hora, el catedrático Salvador la analizó con aquellos dos ojuelos pequeños y lacrimosos que habían rastreado lienzo por lienzo las pinacotecas de medio mundo, incluidos los sótanos del Hermitage y el Louvre. El análisis fue infructífero. Ni una firma, ni un nombre, ni un detalle sobre su procedencia. Sólo en cuanto a la fecha se atrevió a hacer una estimación aproximada. El cuadro podría haber sido pintado en los años treinta, aunque sus condiciones de conservación habían sido tan malas que también podría haber sido realizado dos o tres décadas antes. Fastidiado por no poder solventar el misterio, le dio las gracias al propietario, pagó la cuenta y se marchó, y la muchacha de blusa roja fue de nuevo ascendida y clavada para que siguiera mirando a ras de coronilla de los que bajaban por la escalera.

Aquella noche volvió a soñar con La Republicana y, aunque el catedrático Salvador consiguió dormir de un tirón, ella tuvo una actividad infrecuente para tratarse de un dibujo. En visiones intermitentes, la vio leer, pasear por la habitación, escarmenarse el cabello delante de un espejo y, por último, desnudarse y darse un baño de agua caliente. Cuando despertó, el catedrático se frotó los ojos y durante un buen rato se miró con aire de preocupación en el espejo. Éste le devolvió la imagen de un anciano con varios fideos en la barba. ¿Y si estaba perdiendo la cabeza? ¿Y si tenía uno de esos tumores cerebrales que te hacen padecer alucinaciones antes de matarte? A pesar de su preocupación, se aseó y se vistió con diligencia. Aquel día debía impartir su conferencia sobre Francisco de Goya.

El catedrático Salvador era un buen orador y, durante la primera media hora de su exposición, disertó con la clarividencia que tanto apreciaban sus compañeros historiadores. Sucedió, no obstante, que al aproximarse a las conclusiones se le vino una imagen a la cabeza, una representación de La Republicana parecida y a un tiempo disímil de la que colgaba en la taberna de Zaragoza, y se puso tan nervioso que derramó su vaso de agua y trepó su micrófono y balbuceó durante varios minutos y por fin tuvo que excusarse y abandonar el salón de actos. Afuera, casi sin respiración, cogió su teléfono y llamó a una amiga que vivía en París, profesora y compañera durante sus habituales estancias en la Universidad de la Sorbona.

—Marguerite, te voy a pedir un enorme favor. Comprueba si aún existe un restaurante en Montparnasse, concretamente en la Rue Vavin, llamado Le Grise Boeuf —le dijo—. Allí, en una de las paredes, debe de haber un retrato de una joven con el cabello ondulado. Si lo encuentras, mándame una foto de él a mi correo electrónico, y mira si está firmado. Con la sensación de haberse quitado un peso de encima, abandonó el simposio para tomar su habitual almuerzo en La Republicana. Aquel día tomó sopa de fideos y arroz con bojarra y mejillones y, al pagar la cuenta, mientras trataba de sacudirse la barba blanca poblada de suaves tiras de pasta hervida, le narró al joven propietario del establecimiento el descubrimiento que había hecho. También le expuso, durante cuarenta y cinco minutos, su teoría del arte dipsómano.

—Entonces, ¿crees que si La Republicana ha acabado colgada en mi taberna no es por casualidad? —le preguntó Néstor con la mirada nublada por la desconfianza; a aquellas alturas, ambos habían comenzado a tutearse—. ¿Quieres decir que algún caprichoso hado la puso en mi camino e hizo que yo la colgara en esa pared, al igual que le sucedió al otro cuadro hermano que cuelga en un restaurante de París?

—Así es. Los casos de arte dipsómano no son tan infrecuentes como pueda pensarse —le dijo el catedrático—. Por desgracia, mi teoría nunca contará con el reconocimiento

científico que se merece. El mundo intelectual nunca aceptaría algo así. Es demasiado heterodoxo para mis compañeros historiadores.

El simposio había llegado a su fin, pero el catedrático Salvador permaneció en Zaragoza a la espera de noticias. Siguió almorzando y cenando en La Republicana, de modo que pronto hubo probado todos los platillos de la carta sin decidir cuál era, aparte de la sopa de fideos, el que más le gustaba, y la muchacha se le siguió apareciendo en sueños, e incluso una noche la tuvo que convencer para que no se desnudara y se metiera en la cama con él, aduciendo que él era un hombre felizmente casado y enamorado de su esposa. No obstante, ella amenazó con suicidarse tirándose por la ventana del hotel, y finalmente él también se quitó el pijama de franela y aceptó amarla como hasta entonces sólo había amado a su esposa.

Durante cuarto día de espera, el catedrático Salvador recibió al fin la llamada que estaba esperando.

—Antonio, te he mandado la fotografía al correo electrónico —le dijo Margarite desde París—. En efecto, es una muchacha de pelo ondulado sentada en un sillón de mimbre, ligeramente escorzada y con aspecto soñoliento. También he podido descubrir algo más sobre su autor: se llama Juan González de Aresti, y la retratada debe ser su esposa. El típico caso de exiliados de la Guerra Civil.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—El dueño de Le Grise Boeuf es un hombre de unos sesenta años —le explicó ella—. Y según él, fue su padre quien compró el cuadro en los años treinta, poco después de la apertura del restaurante. También me ha contado que, al comenzar la Segunda Guerra Mundial, González de Aresti y su mujer, acompañados por un hermano más joven de éste, se embarcaron hacia Argentina y nunca más se supo de ellos.

De vuelta a La Republicana, el catedrático Salvador informó a Néstor de todas las novedades, y también le enseñó una impresión del cuadro gemelo que colgaba en París. El joven e ilustrado tabernero quedó boquiabierto, y fue idea suya mirar a través de internet si en la guía de teléfonos argentina existía el número de un tal González de Aresti. Con esos apellidos, no existía nadie llamado Juan, pero sí un tal Jacinto. El catedrático Salvador se mesó la barba, que aquel día no estaba llena de fideos, pues se había aficionado a la perdiz en escabeche.

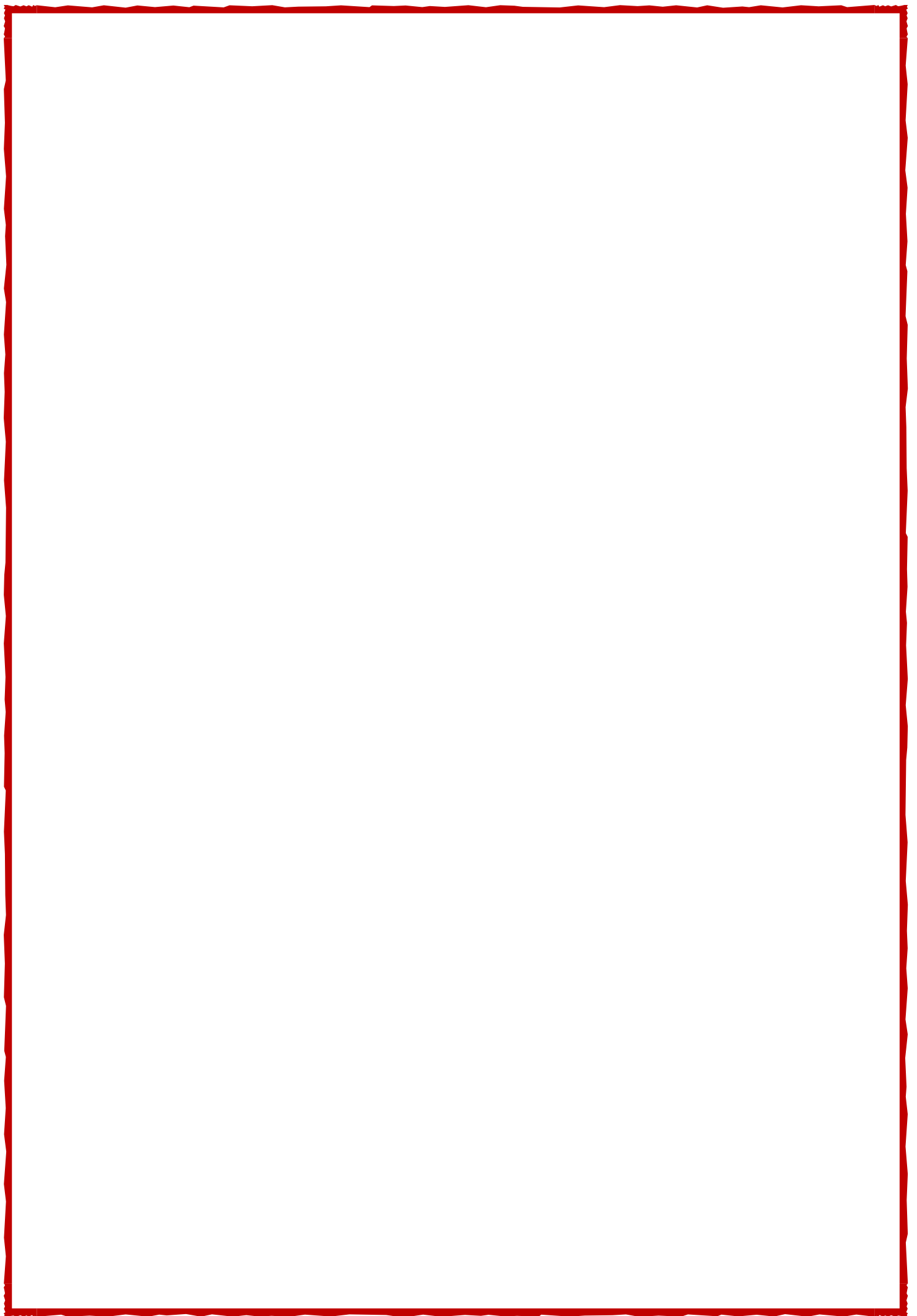
—Tal vez ése sea el hermano más joven del pintor —dijo, y en aquel mismo momento hicieron una llamada trasatlántica de teléfono y comprobaron que, en efecto, habían dado con un familiar de La Republicana. Tres meses después, nuestro catedrático y su querida esposa viajaron a Buenos Aires. Visitaron a Jacinto González de Aresti en una bonita casa de dos plantas del barrio de Belgrano. Él era un dulce y reposado octogenario, y tuvo que contenerse las lágrimas al hablar de su hermano y su cuñada, ambos fallecidos años atrás.

—¿Dice usted que la llaman La Republicana? —le preguntó el anciano—. Su nombre era Ana Castillo, y era muy guapa, una mujer muy atractiva. Mi hermano quería ser pintor, pero finalmente desistió y se dedicó a vender seguros. Los únicos cuadros que vendió en su vida son los tres retratos que hizo de Ana.

—¿Es que hay un tercer cuadro de la Republicana? —preguntó el catedrático.

Un taxi los arrojó en la puerta de una vieja y angosta cantina del barrio de Monserrat. El catedrático Salvador se precipitó en el interior y, en la pared del fondo, oscurecida por el humo, vio el tercer cuadro de la Republicana, una moderna madona de aire melancólico,

sensual, distante y a un tiempo familiar, como si fuese una virgen pagana, o como si se tratase de la bellísima encarnación de una teoría tan curiosa como difícil de explicar. Aquel día, el catedrático Salvador, vigilado por su esposa y el anciano porteño, sorbió una sopa de fideos pensando que por fin podría demostrar y publicar su teoría del arte dipsómano. Su investigación tuvo una resonancia mundial y, quince años después, aficionados a la pintura dipsómana de todo el mundo peregrinan hasta Zaragoza, París y Buenos Aires para conocer a La Republicana.



Nos lo cuenta Serafín

Por Elena Jauregui Díaz de Cerio

“Mentiríamos si dijésemos que Serafín maldecía el maldito día en que entró por primera vez en La Republicana, casa de comidas sita en la calle Méndez Núñez, 38, ciudad de Zaragoza, a pesar de que un día todos vimos salir de la boca de Serafín un Maldigo el maldito día en que entré por primera vez en La Republicana, que lo de sita en ciudad de lo hemos añadido nosotros no sea que algún día a ustedes les apetezca parar por aquí para saber y encandilarse mejor. Y decimos que no mentimos porque Serafín era incapaz de maldecir ni un día, ni un mesón, ni nada, que en su corazón no cabían esas cosas, además de que pronto comprendimos que aquella afirmación no era más que un arrebató, un impulso, una riña de enamorados, de esas riñas que todos necesitamos para volvernos a encontrar.

A Serafín siempre le acompañaba un joven. De su carácter y aspecto nada podemos contar que jamás le vimos. Afirmaba Serafín que se lo encontró una tarde de otoño paseando por la Plaza de la Santa Cruz hambriento y tiritando con una pena en el rostro y un andar tan perdido que Serafín no pudo por menos que compadecerle al tiempo que le ofrecía un hueco en su casa y por ende en su vida. El joven aceptó y se quedó. Ya estás hablando solo otra vez, Serafín, le decía alguno alguna vez, Calla hombre de poca fe que solo crees en lo que ves, Vamos Serafín, invita alguna vez a tu compañero decía otro con sorna peor disimulada que malintencionada, Calla hombre que éste vive del aire por eso anda siempre tan hambriento y enfriado. Y lo decía con tanta seguridad con tanta verdad en su mirada que no había gallito que le replicara.

Rondaría Serafín los ochenta años o alguno más, que quien recuerda la cortedad y color de los pantalones que llevaba puesto – cortos y marrones- el día que esta España nuestra terminó de partirse en dos, ochenta años o más debía tener. Algo –o muchotestarudo sí que era, pero más que elegante que nadie, el último caballero decían las mujeres que se topaban con su talante y sus maneras. Tocado siempre con una gorra, de pana cuando frío, de paño que parecía seda en verano de la que solo se desprendía al comenzar o rematar un saludo. Ayudado por un bastón con cabeza de animal irreconocible o, según se mirara, monstruo cierto y verdadero, y por su infatigable acompañante invisible que no inexistente, aparecía cada jueves a las dos menos cinco en punto por la puerta de La Republicana. De su vida poco sabemos apenas algunos retazos que se fueron desprendiendo de las contadas ocasiones en las que se dejaba más escuchar que hablar. Podía haber sido cualquier cosa, escritor, médico o notario, que de leyes, síntomas, remedios y versos sabía; ser de cualquier parte que fuera de la piel de toro pues tan pronto nos soltaba, Hoy me voy a jartá de comer, que un, ¡Ay, Marusiña esto es un sin vivir!, sin acento reconocible, sin ningún hilo del que tirar.

Alguna vez

nos habló de su hogar pero por sus descripciones no supimos bien si hablaba de su casa o de su alma, quizás de las dos, que aquello de Hay unas escaleras en mi casa que dan al jardín de los ayeres donde medra un árbol preñado de recuerdos, frutos del placer y semillas de olvido, nos sonaba a todos más al mundo del espíritu que a una casa solariega con jardines y manzanos. Si vivía solo o acompañado tampoco lo sabemos a

ciencia cierta que alguna vez citó a una sobrina de sonrisa de caramelo y otra a una cuñada cuya mirada le hacía cosquillas en la tripa, pero, claro conociendo sin conocer a su transparente acompañante no sabíamos si aquellas dos mujeres vivían o sólo existían.

A Serafín lo llevó a La Republicana el olor, el dulzor de la cebolla caramelizada y del anís del guirlache de morcilla, el cálido aroma de las patatas rotas que nos saben a hogar, el intenso roquefort en el que se arrumacan blancos puerros, los huevos republicanos que aprendió a adorar y devorar con convicción,... Lo trajo o más bien lo atrajo el olor y lo retuvo... ¿el amor?, el misterio, el pasado borroso, un deseado futuro,... ¿qué sabemos? El caso es que acudía puntualmente cada jueves, él y el joven ignoto, a sentarse en su rincón, que si éste estaba ocupado no caía ningún anillo por esperar un ratito más. Fue en aquellas ocasiones, en las que tocaba esperar cuando Serafín nos hablaba que, Éste anda en babia, que no me quiere escuchar y mucho menos creer, señalaba al aire.

Más que hablar lo suyo era divagar, que si la libertad era compañera del iluso un día, enemiga del poder otro, sal indispensable para cocinar una vida digna al siguiente, por lo que dedujimos que algún día había sido preso, mas él lo negaba, Nací libre y libre moriré que no hay barrotes que me detengan ni cárceles que me puedan contener. Del odio también nos hablaba, pero poco, que aseguraba que existir debía existir porque lo había visto en la mirada del amigo muerto, que no fue la bala que se le metió en el pecho para quedarse la que le mató no que, A mi amigo lo mató el odio. Es malo el odio, no lo queráis poseer. En la sabiduría creía un poco menos pero sin negar con rotundidad su existencia porque, ¿Quién soy yo para dudar de lo que no veo?, mantenía la fe, a sus cerca de ochenta años, o más, la seguía buscando. Del amor nos habló el día que soltó el Maldigo el maldito día que entré por primera vez en La Republicana, y no era odio y mucho menos sabiduría lo que destilaban sus ojos por eso supimos que aquello no era ni cierto ni sentido.

Serafín se había enamorado, La conozco y todavía no sé quién es, extrañados quedamos todos de aquella confusión mental que como buen caballero debía haber ocultado o precisamente por serlo la escupió a los cuatro vientos porque hay cosas más grandes que el honor y una de ellas es la verdad. No podía negar la evidencia, se había quedado prendado de la mirada de una mujer. Ya no volvió hablar de libertad.

Ella era, es, una mujer de mirada serena, de un saber estar propio de quien sabe que todo lo sabe por lo que es mejor esperar sin desesperar, con una mirada de Ya lo sé pero cuéntamelo tú. No tiene una belleza clásica no se le podría llamar hermosa, su rostro es lo que se dice más bien normal y eso en este mundo donde medra el maquillaje, el implante y los disfraces periodontales implica algo en suma extraordinario, y es eso lo que más fascinaba a Serafín, lo asequible y a la vez tan inalcanzable, lo que por cercano se nos antoja demasiado lejos. Su cabello es de un dorado añejo casi pelirrojo, finiquitado en bucles que recuerdan otras épocas, se lo peina de medio lado, frente despejada, ideas abiertas y claras. Muestra siempre, sin pudor, su amplio escote, níveo, sin dobleces, antesala de lo que la blusa esconde y lo que sin remedio la imaginación desnuda. A ella le encanta, se siente cómoda en su postura decidida; finas las manos, finos los dedos, reveladores de un pasado noble quizá perdido, quizá recién recuperado, que atenazan con fuerza pero sin violencia su escasa cintura. Cómo le gustaría ceñir esa cintura estrecha, de un femenino subido, cómo le gustaría conocer a esa mujer que no conoce, parecían decir los suspiros del amante, quizás no correspondido...

Cada jueves nuestra pareja la visitaba dos veces, una cuando se venían, la otra cuando se iban. Observaba atento Serafín quién y quién no miraba a su paloma, aborreciendo a partes iguales a los que la miraban de más y a aquellos que pasaban frente a ella sin mirarla, a los unos por celos, a los otros por que no podía entender aquellas insultantes indiferencias. La vigilaba atentamente, bajando dos escalones más a saltitos si era preciso para llamar su atención, pero ella con sus posturas de Ven, que aquí te espero parece mirar a otro. Ese otro es el que volvía loco a Serafín.

¿Dónde, dónde la vi, dónde que yo la miro y ella ni siquiera me ve?, Creo que vino de Barcelona, le susurró un día al oído David, De Barcelona no puede ser que de allí sólo recuerdo el olor seco de la pólvora, la marabunta del hambre y el miedo a flor de barricada. Allí no la pude conocer, Quizás fue solo un instante que ahora se te hace eterno, Quizás. ¿Y su nombre? La Republica la llamamos nosotros, le respondíamos, Hermoso nombre, admitía, pero no lo abarca toda ella. Nosotros jamás nos atrevimos a ponerle ningún otro que no fuera aquel ya mencionado, Serafín sí, la intrepidez y arrojo del enamorado. Un día se llamaba Clara la de la diáfana mirada, al otro Sofía la de la frente sabia, Lucía la del rostro iluminado, Margot el fruto prohibido, Sara la que susurra, Elisa, Beatriz, María de las Mercedes no que ese nombre siempre odió Serafín que le sabía a corona, no especificó si de muertos o de reyes.

¿Os habéis fijado lo guapa que está hoy?, nos soltaba cuando venía de buen humor, o, Ya le ha dicho alguien algo que hoy tiene turbia la mirada, si llegaba con algún cable cruzado. Claro que también podía ocurrir que viniendo de contento como venía en apacible conversación con su protegido miraba a la dama y por ver su mirada turbia algún cable de los suyos se le cruzaba. O al revés, que era mejor, que rabiando en acalorada discusión con su jamás visto amigo, se le iluminaba el alma por ver la serena mirada de su dueña, que es cuando solía decir aquello de, ¿Os habéis fijado lo guapa que está hoy?

No, no vayan a pensar ustedes que por estos cambios de humor tan repentinos como sorprendentes se debían a que Serafín fuera un voluble, ni que era de aquellos que se dejaban hacer, un veleta, vaya, que nuestro parroquiano era de armas tomar, que a elegante n le ganaba nadie pero a terco mucho menos. Que si se le metía una idea en la cabeza ni por lo más sagrado era capaz de dejarla escapar. Que lo que pasaba que era su dama, nuestra republicana, la idea que se le había incrustado en el cerebro y ante ella se rendía sin vergüenza. De ahí que pasaba del contento al frío, del triste Y al ciego enamorado solo con examinar y diagnosticar su mirada. Nosotros que mirábamos y mirábamos y en nuestra ignorancia decíamos que la mujer estaba igual que ayer, igual que estará mañana. Y no era cierto entonces y sigue siendo incierto ahora, que la dama cambiaba y cambia su semblante según quién y cómo la mirara y mire.

Aquí, en La Republicana, se recuerda muy bien el jueves que Serafín salió para no regresar jamás, algunos porque estuvimos aquel día; otros porque se lo hemos ido contando, tantas veces y tan igual siempre contado que hoy por hoy los oidores jurarían que ellos también estuvieron presentes.

Ahora vengo, fueron las últimas palabras de Serafín, en el bar, en la calle o en su casa suponemos dijo otras, a otras personas reales o imaginarias. Ahora vengo, fueron las últimas que nosotros le escuchamos.

Había llegado a las dos menos cinco. Puntual como un reloj puntual, acompañado como siempre por su etéreo y joven compañero, su gorra y su bastón. El rincón, su rincón, estaba vacío, así que sin preámbulos, sin conversaciones casuales o profundas, se sentó, perdón, se sentaron. El joven hablaba sin palabras y sin ruidos, y Serafín le contestaba con carcajadas tan medidas como mentirosas por medidas. Pidió una verbena, un popurrí de pinchos tan variados como sabrosos, fiesta y castañuelas para los paladares, y, sin ni siquiera probar bocado, se levantó de un salto soltando en el cenit de tamaña pirueta un, ¡Ahora verás! Que nos hizo a todos girar la cabeza. Ha venido un poco revuelto hoy el Serafín, Tranquilo que ahora visita a la dama y seguro que se le pasa, Seguro.

Si los de allí, espectadores mudos e inactivos lo hubiéramos sabido, - mudos e inactivos para con lo de Serafín se entiende, que charlar y arreglar el mundo sí que hacíamos pero con los nuestros- si alguien nos hubiera dicho que iba a pasar algo definitivo, juramos y perjuramos que hubiéramos estado más atentos para. Entre otras cosas, acallar dudas comprensibles; pero no lo sabíamos por lo que andábamos cada uno a nuestras cosas, charlando y arreglando el mundo que es lo mejor se nos da hacer en nuestros encuentros en La Republicana. En fin, la cuestión es que ninguno quisimos dar importancia a aquel ¡Ahora verás!, y mucho menos a aquel decidido marchar hacia la mujer que le había robado el corazón; la razón para su fortuna se la robó la vida.

¿Cuánto duró aquel encuentro? No lo sabemos que el tiempo en agradable conversación no es que pasa rápido es que no existe. Sabemos eso sí del rostro de Serafín prodigiosamente sin arrugas y no por un extraño milagro que hubiera provocado de repente que se volviera joven otra vez, no, que es que las arrugas habían huido hacia los bordes de su cara, allí donde se confunde con el pelo, allí donde se funde con el cuello; tan amplia, qué decimos amplia, enorme, ¡monumental! Sonrisa portaba. Tan abiertos los ojos, tan altivo el mentón que, como decimos, las arrugas habían practicado el sálvese quien pueda hacia la retaguardia de su cara por que comprendieron que en el centro de la misma no tenían cabida.

¿Qué pasó? ¿Qué se dijeron aquellos dos? ¿Qué palabras, gestos o acciones podrían haber provocado tal reacción? No creo que tarde pero por si acaso, señaló a su translúcido amigo, en un rato me lo mandáis a casa. Ahora vengo. No sabemos si el joven aún permanece ahí sentado en su rincón, si decidió en algún momento marchar por su cuenta o si alguien le mandó a casa tal como pidió Serafín; si alguien hizo esto último jamás lo ha confesado. Miramos con cariño aquel rincón, si está le sentará bien nuestras miradas de aprecio sincero; si no está, al menos nos sienta bien a nosotros, testigos privilegiados de un amor que atravesó épocas y materias, de un amor incapaz de contenerse en palabras.

Hace más de cuarenta jueves que no vemos entrar por la puerta del bar a Serafín. Hace más de diez meses que a la mujer sin nombre, a la republicana, a la dama de óleo enmarcado, no le viene a visitar su enamorado de carne y hueso. Hace casi un año que no le vemos, pero no significa nada. Quizás, venir... viene.”

El Mago Aragonés

Por Ricardo Tejerina

La vida suele sorprendernos. Durante mi niñez –o incluso mi primera juventud– tendía a pensar que existían personas con poderes extraordinarios que los disimulaban haciéndose pasar por magos o ilusionistas. Pensaba que era una actitud apropiada, ya que, de tal modo, no escandalizaban a la sociedad y también lograban un conveniente medio de vida. Consideraba que aquellas personas especiales, además de tener poderes, eran muy inteligentes. Después de todo, no hay mejor lugar para esconder algo que ponerlo a la vista de todos.

Por mucho tiempo me dediqué a observar y a tratar de vincularme con los que yo creía falsos ilusionistas y verdaderos superhombres. Concurría a sus espectáculos, me quedaba esperándolos en la vereda de los teatros y les escribía cartas. No tuve mucho éxito, no pude pasar de algún saludo más o menos afectuoso, o una respuesta de ocasión –efectuada por un tercero– a mi casilla de correo. Sin embargo, la Providencia siempre acude en auxilio del que busca su destino. En la noche que sentí que había ido hasta el límite de mi esperanza, y mientras masticaba mi infortunio caminando por la Avenida Corrientes, sentí una voz que me solicitaba ayuda.

- Chaval, podrías tú ayudarme a cargar este baúl, sucede que está pesado y yo ya estoy un poco viejo –me dijo un hombre mayor vestido con un esmoquin negro arratonado, que hacía ingentes esfuerzos pero sin lograr mover aquel armatoste, que en su parte delantera tenía escrito “El Mago Aragonés” con letras ribeteadas.

Con cierto asombro miré al hombre enjuto de acento castizo, pero no le escatimé auxilio. Cuando intenté asir una de las manijas del costado noté que el baúl estaba en verdad pesado. Tal vez demasiado.

- ¿Lleva piedras? –le pregunté.

- No, sólo secretos –respondió el anciano con total franqueza y simplicidad.

De inmediato se presentó. Procedió con singular elegancia, casi como si estuviera haciéndolo sobre un escenario. Dijo llamarse Juan Francisco de Aragón y ser conocido en más de cincuenta ciudades del mundo como El Mago Aragonés. A pesar de ello su aspecto denunciaba que se había venido a menos, y que si existieron tiempos de gloria, estos estaban definitivamente idos.

- Por supuesto que lo sé, señor. Yo me llamo Agustín. Encantado –le dije, y le tendí la mano con algo de frialdad.

A decir verdad sentí pena por aquel hombrecito. No se parecía en lo más mínimo a todo lo que yo había imaginado. Tenía pactadas tres funciones, pero apenas alcanzó a realizar la mitad de la primera, la que fue suspendida sin más trámite por falta de público junto con la cancelación definitiva de las otras dos. Ni yo, que solía ir a esos espectáculos y que me sabía de memoria el nombre de todos los ilusionistas que habían pisado Buenos Aires, había comprado un miserable ticket para ver el ocaso del viejo mago español. Creo que

fue en ese momento que mi pensamiento cambió. Asumí con gran desilusión que los magos no eran personas extraordinarias con poderes excepcionales, sino que eran hombres corrientes, desdichados y desvalidos, como lo era ese pobre anciano que apenas podía con la carga de su cruz. A fe digo que fue una experiencia tan reveladora como frustrante: sin magos, no había magia, fue la amarga conclusión.

Creo que el anciano se dio cuenta de que yo estaba más cerca de abandonarlo que de involucrarme en la empresa de mover el incómodo baúl, más aún porque no se advertía ningún vehículo que lo esperara, o alguien más que pudiera asistirlo. Perspicaz, el hombrecito se apuró a decirme:

- No temas, chaval, voy hasta la esquina, a la confitería La Paz.

Giré sobre mis talones y vi que, como siempre, en la esquina de Montevideo y Avenida Corrientes, se erguía con discreto señorío el tradicional reducto de intelectuales y poetas porteños.

- Andando, son cincuenta o sesenta metros –dije, y comencé el arrastre del baúl involucrando todas mis fuerzas.

- Me vuelvo a España, a Zaragoza –aseguró el anciano que poco ayudaba al traslado a pesar de empujar desde la retaguardia.

Me vuelvo a España..., había dicho el viejo. Mejor sería que primero fuera al aeropuerto, pensé. Ya en la puerta de La Paz le pregunté al anciano si vendrían por él más tarde, pues supuse que había preferido esperar en la confitería hasta que eso ocurriera. En verdad era mucho más prudente y también más apropiado, sobre todo por la incomodidad que suponía el mentado baúl.

- No, nadie viene por mí. Siempre viajo solo. No te preocupes Agustín, lo hago a menudo. Has sido muy amable, fue un placer conocerte. Cuando quieras ver una representación mía, sólo apersonate en la boletería y di que eres mi amigo, aquí o en cualquiera de las cincuenta ciudades donde El Mago Aragonés es conocido –dijo el viejo a modo de despedida, no sin un insoslayable patetismo.

De todos modos, debo confesar que la personalidad del anciano me había producido curiosidad. También las cosas que decía y la manera en que actuaba, que –por cierto– parecían no tener mucho sentido. Lo saludé cortésmente y me fui caminando por Montevideo hacia Lavalle. No me detuve sino hasta que llegué a la Avenida Santa Fe. Noté que había caminado sin darme cuenta, como abstraído. Sin una razón precisa, decidí regresar a la confitería La Paz; después de todo tampoco tenía una razón para caminar por Montevideo o por la Avenida Santa Fe.

Al llegar miré hacia adentro a través de los grandes ventanales en un intento por localizar al viejo. Lo descubrí acomodado en una mesa distante y solitaria. Había arrimado hasta allí a su baúl y se lo notaba ansioso. Advertí que había bebido un café y que de tanto en tanto cambiaba de posición el servilletero de cortesía, al tiempo que miraba insistentemente su reloj. Calculo que lo observé por espacio de unos veinte o veinticinco minutos antes de decidirme a ir a su encuentro.

¿Qué era lo que se proponía este hombrecito, este viejo mago en el declive inexorable de su carrera? Si apenas podía movilizarse con ese baúl seguramente repleto de trastos

viejos; que había sufrido la indignidad del levantamiento intempestivo de sus funciones por la nula capacidad de convocatoria que le había quedado, y que aseguraba que volvería a Zaragoza pero nadie venía por él, ni tampoco parecía tener boletos de avión para emprender el regreso. Sólo mataba el tiempo acodado en una discreta mesa de la confitería La Paz, durante la serena noche de Buenos Aires.

Cuando ya no aguanté más, entré y fui hasta su mesa.

- ¿Todavía acá? Perdóneme, no quiero que me tome por comedido, sé que no es asunto mío, pero todo esto me resulta un tanto extraño –le dije al anciano.

El hombrecito me miró con actitud piadosa. Con un ademán me invitó a sentarme frente a él. Me preguntó si quería tomar algo. Como respondí que no, apartó el pocillo que estaba sobre la mesa y se aferró al servilletero que ubicó junto al reloj de pulsera que se había quitado de su muñeca izquierda. Yo lo observaba atentamente y él se tomó todo el tiempo necesario antes de emitir una sola palabra. Luego dijo:

- Ya falta poco.

Yo lo miré con desconcierto y desconfianza. Sin duda alguna él lo advirtió. Caí en la cuenta que era una de sus habilidades. De inmediato se despachó con la siguiente cuestión:

- Agustín, no todas son realidades en un mundo de fantasía. Tú quieres saber qué sucede, ¿no es así? No es tan difícil. Pues, de hecho, he venido a responder a todas tus preguntas. La razón dicta que las cosas son de una manera. Para ello, la ciencia y los científicos tienen sus métodos, debaten acerca de las bondades del inductivismo, del método hipotético deductivo o del falsacionismo, pero ninguno puede explicar por qué nosotros estamos ahora en la confitería La Paz de Buenos Aires y en un pestañeo nos hallaremos sentados a la mejor mesa de La Republicana en Zaragoza.

Consideré que el anciano estaba valiéndose de una metáfora o de un sentido figurado, tal vez influenciado por el ambiente propio de la confitería La Paz. Siguiéndole la corriente, tímidamente atiné a decir:

- Y sí, hay lugares que tienen magia, aunque la magia en realidad no exista como tal...

- Mira Agustín, no hay que perder el tiempo explicando las cosas que no se pueden entender, ¿para qué?

La mejor respuesta es... voy a usar una palabra científica pero con un sentido metafísico: hay que vivir la experiencia. ¿Sabes quiénes comprendieron todo esto? Los poetas y los escritores, por ejemplo. Ya lo sabían Cortázar, Borges y Bioy. Para ellos el tiempo y el espacio no representaban ningún problema. Cortázar conocía el portal que unía Buenos Aires con París, Borges tenía conciencia plena de que los hombres podían tener varias muertes y no sólo una, y Bioy dejó varias pistas en La invención de Morel. ¿Acaso tú no pensabas que los magos eran personas extraordinarias que escondían su don bajo el manto tolerable de la ilusión? Ven conmigo –se puso de pie y guardó su reloj en un bolsillo del saco del raído esmoquin–, acompáñame hasta la puerta que ya es hora.

Caminamos hasta la entrada principal de la confitería La Paz, el anciano empujó ambas hojas de la puerta y salió primero. Desde afuera me incentivó con un par de: ¡Anda, chaval! Apenas puse un pie en la calle no pude salir de mi asombro. Ya no estaba en la esquina de Montevideo y Avenida Corrientes en Buenos Aires, sino en la propia puerta de La Republicana en Zaragoza; en la mismísima tierra del mago aragonés. Claro que yo nunca había estado allí anteriormente, pero un imponente cartel que coronaba la típica fachada se encargaba de hacérmelo saber, de modo tal, que no me quedasen dudas.

- ¿Lo ves? –me dijo el anciano–. Esto es la experiencia. Tú tenías razón, Agustín. Hay lugares que tienen magia. Pues yo te acabo de presentar a dos de ellos. En verdad les digo que no me ha resultado sencillo asimilar semejante situación. Tanto es así que antes de convencerme efectué varios traslados espacio-temporales entre Buenos Aires y Zaragoza y viceversa. Por las noches entraba en la confitería La Paz y cuando salía lo hacía por las puertas de La Republicana.

A medida que ganaba confianza en los viajes, también lo hacía con el anciano que se convirtió en una suerte de mentor para mí. No puedo precisar el tiempo que compartimos porque no estoy muy seguro de mis referencias temporales, pero estimo que hemos estado juntos el tiempo suficiente como para que yo entendiera todo aquello que no se podía explicar.

Ahora que lo pienso, sé que he sido escogido como discípulo y también sé que nada de lo que ocurrió –antes o durante– fue una casualidad. Todo estaba relacionado: mis certezas y mis dudas, la caminata errante por la Avenida Corrientes, el viejo mago destrutado, la conexión entre la confitería La Paz en Buenos Aires y La Republicana en Zaragoza, mi crecimiento interior y la confirmación de mi fe. Tampoco ha sido una casualidad aquel pesado baúl, en el que –según el anciano– sólo se guardaban secretos. Hoy soy conocido en más de cincuenta ciudades como El Heredero del Mago Aragonés. He encontrado y utilizado al menos medio centenar de portales que se comunican entre sí y todos tienen en común una ambientación que no pasa inadvertida, como si de algún modo detuvieran el tiempo en su interior. No son necesariamente iguales, a veces ni siquiera se parecen, pero siempre hay en esas locaciones especiales algún objeto que las vincula. Todos ellos fueron dejados por el anciano y trasladados en aquel viejo baúl. Funcionan como referencias espaciales o como el Hilo de Ariadna, evitando que los viajeros e iniciados se pierdan al acometer sus extremas travesías, pues esos objetos no son propios de los lugares donde se encuentran en la actualidad, sino que son naturales de los sitios de donde fueron quitados, aunque con loable e imprescindible fin.

Por caso, si van a la confitería La Paz y escogen la mesa distante y solitaria, advertirán que el servilletero que está sobre ella es distinto a todos los demás y por cierto igual a todos los que están en La Republicana. Lo mismo ocurre con la antigua balanza Berkel que está sobre uno de los mostradores de La Republicana y es considerada un regalo de aquel viejo mago, puesto que en realidad perteneció originalmente a la confitería La Paz, y en ésta nunca determinaron cómo fue que hubo desaparecido.

Cerca del final de sus días, pude saber por boca del mismo anciano que en la ocasión que nos conocimos él trasladaba dentro del baúl un piano de cola pequeño que había “tomado” de un café-concert de París para llevarlo a un restaurante de la Quinta Avenida de Nueva York. Como la tarea nunca se completó, seré yo el que la concluya en su honor y como tributo a su apreciada memoria.

De más está decir que fue por El Mago Aragonés que confirmé que la magia, magia es, y que los secretos pesan más allá de la conciencia.

Las cartas

Por Miguel Paz Cabanas

Hace ahora unos años, en un viaje por Europa, mi hermana y yo conocimos a un hombre de edad avanzada, cuyo origen ubicamos, por sus rasgos y su acento, en un país del norte. Llevábamos media hora de tren – tiempo en el que, por mutua timidez, no habíamos pronunciado palabra alguna – cuando, dirigiendo su mirada hacia nosotras, deslizó este comentario:

- Perdonen mi atrevimiento, pero es la primera vez que veo a dos gemelas viajar juntas.

Mi hermana, que acusó la sorpresa como yo, se removió en su asiento unos segundos y me sonrió con complicidad. Se insinuaba un viaje tedioso, zigzagueaba la ventisca en los cristales y el espacio, caldeado y estrecho, era propicio para escuchar. Habíamos dejado la noche antes Amsterdam y cruzábamos, con una somnolencia invernal, tierras francesas. Nos entregábamos a esa ensoñación que los viajes, sobre todo los nocturnos, conceden a las personas pacientes.

- ¿Les molesta que encienda un pitillo? – preguntó el anciano - ¿Quieren? Cada día se mira peor a la gente que fuma. Antes era otra cosa, ¿saben?, un vicio hospitalario, tal vez. Me refiero al arte de esparcir el tabaco, de liarlo con calma... En fin, eso sería hoy un derroche de tiempo; un verdadero lujo.

Inició su crónica con el cigarrillo pegado a los labios, al compás sigiloso de la nieve. Sentada junto a él, ávida y encogida, me pareció ver la figura de una mujer, alguien que nos miraba con remota tristeza. Supuse que se trataba de un reflejo fortuito, o que había sido fruto de mi imaginación. El anciano, que ignoró mi turbación, se quedó ensimismado y aplastó su cigarrillo enseguida. Viéndole junto a mí pensé que había sido un hombre atractivo, pues persistía en sus rasgos una elegancia viril; sus palabras, no obstante, ocultaban una leve amargura. Pero he de agregar que nadie que hubiese estado en aquel tren, escuchándolas atentamente, se hubiese sustraído a su extraña intensidad.

“Me han hecho recordar una historia que ocurrió hace tiempo – empezó -, mucho antes de que ustedes hubiesen nacido. Habla de un niño y una niña y de un padre que, habiendo enviudado joven, decidió exiliarse a otro país.

Los tres desembarcaron en Europa una mañana de julio, muy cerca de la costa normanda. No fue, a pesar de sus expectativas, una época clemente. Por entonces el mundo salía de una recesión y quienes venían de lejos, si carecían de recursos, no eran bien acogidos. Era frecuente ver a hombres maduros suplicando en los templos, o a madres angustiadas pugnando por pan. Las casas, incluso las que conservaban un modesto jardín, parecían nidos desolados. En medio de esa miseria, inexplicablemente, ellos lograron sobrevivir: puede que gracias a un milagro, o por esa suerte furtiva que a veces acompaña a los que sufren.

Ambos tenían, por un capricho de la madre, nombres bíblicos. El niño se llamaba Isaías y su hermana Judith. Midieron exactamente lo mismo y pesaron las mismas onzas. Con el tiempo, y como suele ocurrir en estos casos, se hicieron inseparables: uña y carne en la escuela y en los polvorientos callejones de la ciudad. No hubo disturbio en el que no pelearan juntos, y maestros que no irritaran a la vez.

Pero su corazón, creado en el mismo vientre, supuraba un humor distinto. Mientras Isaías hacía gala de una calma ejemplar, su hermana era como un puño crispado. Una furia misteriosa la impulsaba siempre a la confrontación. Isaías observaba sus proezas y se las recriminaba constantemente: "Afligirás a nuestro padre - le decía -; acabarás un día en la cárcel"; pero luego la disculpaba, o trataba de encubriarla, y si era preciso, la defendía sin vacilar. El padre, un hombre piadoso, confiaba sólo en la ayuda de Dios.

El destino, sin embargo, abortó aquella esperanza. El destino y la contienda que, como una tempestad, asoló nuestro país. Puede que para Europa fuese algo lejano, pero para Judith se convirtió en algo personal: militante de una célula anarquista, soñadora y libertaria, se alistó en las Brigadas Internacionales. Todo lo que Isaías conspiró para evitarlo fue estéril: ni los ruegos más tenaces frenaron su decisión. Rodeada de rostros lampiños, de una juventud resuelta y heroica, Judith se subió, una mañana de niebla, a un expreso de corte marcial.

Aquí pudo acabar su historia, como esas crónicas que, después del éxodo, culminan en una tragedia. Pero a la marcha de Judith sobrevino otra calamidad, un golpe que pilló a Isaías desprevenido: su padre cayó enfermo – mortalmente enfermo - y no recobró la lucidez. Se convirtió gradualmente en un despojo, que solo conseguía balbucear. En su última agonía, devastado por la morfina, le exigió algo imposible:

"Regresa con tu hermana – le rogó -; regresad y traed flores a mi tumba. Te lo suplico: es mi última voluntad".

Isaías rezó largas horas junto a su padre, al pie de una cama grande y fría. Su hermana, en paradero desconocido, no pudo ser informada. Por aquel entonces Isaías contaba veintiún años y el mundo le parecía un lugar terrible. Una semana después, celebradas las exequias, cruzaba solo la frontera de Francia.

Al llegar a este punto, el anciano guardó silencio y se quedó un rato absorto. Una nube furtiva, delgada como la mina de un lápiz, ensombreció su mirada. El tren, tomando una curva, rugió lastimosamente y enfiló la boca de un túnel. Fuera se insinuaba una oscuridad vidriosa, obstinada, una bóveda de heladas tinieblas. Nuestro compañero de viaje, como si presintiese su inmensidad, se estremeció levemente.

- Sí, fue una guerra larga – continuó -, pero los meses cayeron uno tras otro, inexorables, con siniestra lentitud. Llegó el día en que la insurgencia cercaba Madrid y en medio de la barbarie, del horror, Isaías se dio por vencido. Se había hecho más duro, había envejecido y se sentía cansado. Fue entonces cuando reparó en toda la gente que había conocido, en las personas a quienes, durante meses, había preguntado por Judith. Y llegó a la conclusión, no sin asombro, de que eran millares.

El anciano volvió a enmudecer y giró sus ojos hacia la ventana, que en ese

momento enmarcaba un bosque. Los árboles, absorbidos por la noche, se desvanecían en la oscuridad, como una ola vasta y reciente. Podías sentir los sueños del mundo rodando por esa penumbra, como ramas segadas al filo del abismo.

- ¿Regresó...sin ella? – preguntamos. El anciano salió de su estupor y nos dedicó una mirada inquisitiva.

- Sucedió una cosa milagrosa – respondió -, algo insólito: había estallado una guerra terrible, pero antes del fin, Isaías, el cándido Isaías, se convirtió en una leyenda.

- ¿Una leyenda?

El anciano esbozó una sonrisa.

- Sí...en una especie de leyenda; y por un motivo que es difícil de imaginar: unos meses antes de que finalizase la guerra tenía en su poder, inesperadamente, cientos de cartas.

- ¿Cartas? – preguntamos.

“Sí, cartas – prosiguió él -, cartas enviadas desde las zonas ocupadas, escritas en su mayoría por mujeres, cartas de esposas que nunca llegó a conocer. Al principio no supo descifrar lo que ocurría, por qué llegaban a su nombre, pero si alguien poseía el don de encontrar era él, el brigadista tenaz, el combatiente que había cruzado Europa para dar con su hermana. En los campos se había alzado una voz implorante y hablaba de un hombre capaz de hallar, en medio de las trincheras, a cualquier desaparecido”. Mi hermana lo miró con expectación, pensando largamente en sus palabras.

- Sobrevino, como cabía esperar, el fin de la guerra. Isaías, a pesar de la derrota, fue afortunado: conoció a su esposa en un lazareto militar, una semana antes de la rendición. Junto a ella, a pesar del dolor, logró reiniciar su vida.

Los túneles se sucedían uno tras otro y la noche, como una sinfonía oscura, nos envolvía en su pesado silencio. El anciano encendió otro cigarrillo y pareció volver a aquella época. Un tiempo donde cualquier cosa era posible, incluso los sueños más descabellados: como el de aquellas mujeres desconocidas que se aferraban a una esperanza imposible. En el último túnel su mirada languideció en un fuego blanco, una minúscula hoguera sin luz. Enmudeció durante un rato, que a mí me pareció eterno. Mi hermana, fascinada, acercó su mano a la mía. Atravesamos un valle y divisamos un puñado de casas. La luz de la más grande titilaba, como un crespón, en medio de la noche. Era el aviso de que su relato – y nuestro viaje - estaban a punto de concluir.

- Se desposó y tuvo dos hijos – murmuró largo tiempo después -; su vida tomó un rumbo premioso, un giro casi confortable. Tenía que ser así, o al menos él, en su fuero interno, juzgó que lo merecía. Muchos años después, la guerra sólo era una imagen borrosa, arrinconada entre fotos de color sepia. Fue la época en que envejeció profundamente, como un soldado que hubiese enterrado sus medallas. Pero faltaba la noche más dura, la víspera más amarga de todas.

Un acceso de tos le impidió seguir y cubrió su cara con las manos. La larga pausa que vino después, punteada por un ligero estertor, nos provocó una leve inquietud.

- ¿Se encuentra bien?

- Oh, sí...perdonen: sólo ha sido un sofoco... El tabaco, para qué vamos a mentir.

- Nos gustaría saber qué fue de Judith – le pregunté yo.

Percibí entonces que en el tren, que iba en penumbra, parecía no haber nadie, nadie viajando, como si las maletas y los bolsos ocupasen, después de subidos, asientos abandonados.

- Hay poco que añadir. Alguien se presentó en su casa una noche; así de simple. Era un hombre bien vestido y presumía de saber dónde se hallaba Judith. Al principio pensó que se trataba de un impostor, una especie de oportunista; pero Isaías estaba lejos de imaginar qué pretendía obtener de él.

Sus últimas palabras, en la soledad de la noche, sonaron enfermas.

- Pero – me atreví a interrumpirle -, no acabo de comprender. ¿Por qué, después de tanto tiempo? No ha sugerido que actuara en la clandestinidad, ni siquiera que continuase buscando a su hermana...

Recuerdo la avidez de su mirada, el brillo glacial que iluminaba sus ojos.

- Les diré algo que, con frecuencia, resulta difícil de concebir: en la guerra siempre queda un pretexto, por liviano que sea, para la ensoñación. En medio del más negro espanto puede brotar, inesperadamente, un destello de luz. ¿No sabe a qué me refiero? ¿No lo presume? Las cartas... ¡Las cartas del frente! Las cartas que había conservado todos esos años en un cajón, sin saber muy bien por qué... Cartas que había contestado al final de la guerra - una por una, en noches largas e insomnes -, sin recibir a menudo respuesta. Cartas que para aquel desconocido tenían un valor incalculable. Pero Isaías sospechó un propósito maligno y no reveló dónde se hallaban. Y en cierto modo lo pagó, ¿comprenden?, pagó esa decisión con creces.

Un súbito cambio en el ritmo nos sobresaltó a la vez y quedamos a merced del silencio. Nuestro compañero se acercó a la ventana y borró una nube de vaho. Al amparo de la nieve florecían las primeras luces, el perfil incipiente de la vieja ciudad. Más allá, entre las copas nevadas, se insinuaba el cauce de un río, un río que parecía no tener fin. Mi hermana seguía callada, como un paseante hipnotizado por la potencia del mar.

- Parece que llegamos – musitó.

- Sí; estamos entrando en Burdeos.

Poco después nos internamos en la ciudad y lentamente, tras atravesar su periferia, accedimos a la estación. El anciano, emitiendo un pequeño gemido, estiró sus brazos. Intercambié una mirada con Luisa y oí sobrecogida los frenos del tren.

- ¿Me pueden ayudar? – nos rogó, mirando a lo alto. Mi hermana se incorporó y cogió la maleta del hombre.

- Aquel desconocido le aseguró que si entregaba las cartas le revelaría el paradero de su hermana.

Un asombro infinito, uno de esos silencios que preceden a la eternidad, nos embargó al oír sus palabras.

- ¿Cómo ha dicho?

El anciano posó su maleta (¿o fue su alma?) y nos miró mientras se ponía su abrigo.

- Aparentemente – susurró con voz fatigada -, al final de su vida, Isaías tuvo la oportunidad de reencontrar a Judith. Le mostraron una foto de su hermana, o mejor dicho la foto de un cuadro, donde ella aparecía tal como la recordaba de joven, desafiante y sensual. El cuadro daba nombre a una casa de comidas, La Republicana, en el barrio viejo de Zaragoza. Aquel hombre, que aseguró haber seguido el rastro del cuadro, le ofreció conocer su paradero a cambio de las cartas. Pero Isaías rehusó su ofrecimiento y al negarse traspasó otro umbral: su juramento de juventud, la promesa de visitar junto a Judith la tumba de su padre.

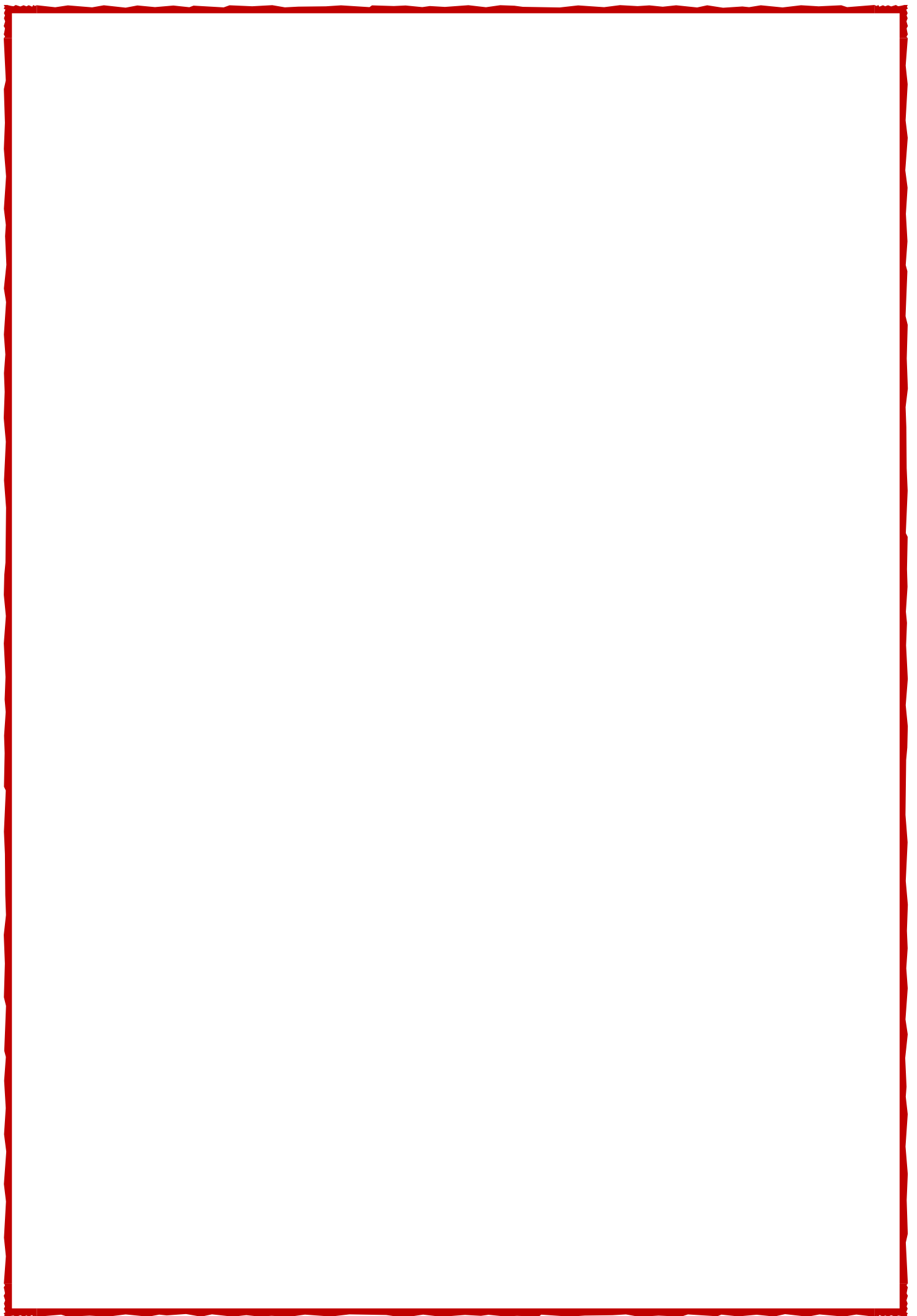
Sus ojos rehuyeron los nuestros y se limitó a extender la mano: era una mano grande, nudosa, como la corteza de un árbol muy viejo. Pensé en una de esas manos que, en medio de un mundo hostil, han sido estrechada miles de veces.

- Adiós – nos dijo entonces.

Lo vimos bajarse torpemente, con parsimonia, intentando no perder el equilibrio. Parecía, mientras avanzaba, un hombre sin casa, habituado a una itinerante soledad. Sentí el impulso de llamarle y preguntarle cómo había acabado todo; pero la oscuridad lo engulló y perdí de vista su abrigo. Mi hermana se reclinó en su asiento, con un rictus amargo en los labios. “Por qué no quiso volver a verla”, pareció decirme. “Quién sabe”, quise responderle yo, pero ambas nos quedamos en silencio, observando el andén. El tren empezó a resoplar y se alejó con lentitud, como un mendigo harto de suplicar limosnas. Recuerdo que era una noche cerrada, una noche de clausura, de altos muros cargados de hiedra.

Nuestra madre, que sufrió durante años el exilio, decía que sólo quien ha sufrido mucho, o vive en la orfandad, conserva sus cartas, esas cartas que amarillean y crepitan en pequeños cajones olvidados. Y que de esas cartas, finalmente, se apodera siempre la nostalgia.

No subió más pasaje a bordo. Durante el resto del viaje, creo que hasta llegar a San Juan de Luz, no cesó de nevar.



Duelo en sol de trece actos

Por Sergio Allepuz Giral

I

Cuando abrió la persiana, Gabriel fue objeto del brutal ataque por parte de alegres rayos de luz solar que invadieron su dormitorio, mientras él cerraba los ojos deslumbrado. Los días de niebla parecían haber muerto y un termómetro en la pared exterior marcaba doce grados. Era un día perfecto para ir a cobrar la pensión y celebrarla con un café con leche y seis churros en La Republicana, su bar preferido, con su hijo Sergio.

Sonriente ante la feliz perspectiva, miró instintivamente el hueco sin deshacer de la otra mitad de la cama y torció el gesto de repente. Hacía ya cinco años que María no estaba y, a pesar de ese tiempo, el viejo repasaba cada día el espacio vacío que ella alegró con su presencia durante cuarenta y cinco años. La confirmación cotidiana de su soledad le deprimía e incluso pensaba en el suicidio para reunirse con su amada en el cielo.

II

El cielo hacía años que había abandonado a Javier. Era un lobo desterrado por la manada. El alcohol aparta a todos lo más lejos posible del alcohólico y ese aislamiento da más razones para beber al enfermo, en una triste espiral de borrachera y soledad. Con veinticinco años, coleccionaba ex. Ex trabajos, ex amigos, una ex mujer e, incluso, una ex hija que lo creía muerto. Vivía en un cuchitril alquilado que años antes fue un piso digno en el que creció y prosperó más de una familia decente. Pero los pisos son seres vivos que se convierten en el alma del ocupante y, por eso, en esa oscura cueva con olor a vómito, de paredes sucias y desconchadas, ya no querría vivir nadie decente.

La tos le atacó –como cada mañana–. Se sentó sobre el colchón sin sábanas de su cama, agarró, tembloroso, el tetrabrik de vino blanco que descansaba sobre la mesilla de noche y se arreó un buen trago para calmar la garganta y frenar el baile de sus dedos. Luego encendió un cigarrillo, dio una fuerte calada que calentó el interior de su boca y rascó su desnudo cuerpo, levantando pequeñas escamitas blancas, mientras fumaba y pensaba dónde trabajaría esa mañana.

III

Esa mañana era especial para Sergio. Tenía la mañana libre en la oficina para hacerse un análisis de sangre a primera hora y después almorzaría con su padre en La Republicana, reponiendo con un jugoso pincho de tortilla y una copa de vino, los glóbulos rojos robados de su cuerpo a fuerza de jeringuilla.

Sabía que tendría que reñir a Gabriel por pedir media docena de esos churros que tan poco le convienen... También sabía que el viejo se defendería arguyendo que, sin los benditos churros en su dieta, ya no le quedaría ninguna alegría en esta vida. ¡Qué cruz!

IV

La puerta de la Caja de Ahorros era una cruz para Gabriel. La empujaba con toda la mala

leche de la que era capaz, sin lograr abrirla, y siempre se colaba dentro de la oficina aprovechando la salida de algún cliente, como un polizón bancario.

La fila era desoladora. El día de pago de las pensiones originaba un alud de ancianos en las Cajas de Ahorros y Gabriel no había madrugado para tomar una buena posición en la línea de salida, así que se dispuso a esperar su turno adoptando la habitual postura de trípode, descansando sobre su fiel bastón.

V

Javier desayunó media bolsa de patatas fritas con sabor a jamón que andaban olvidadas por la cocina y recordó que era día de pago de las pensiones de jubilación. No era su golpe favorito, por canalla, pero era muy efectivo y sin riesgos. Se puso como para ir a misa, a fin de pasar desapercibido. Peinó su grasiento pelo echándolo hacia atrás bajo una gruesa capa de pegajosa gomina –superpuesta sobre la del día anterior– y se calzó un pantalón de chándal con chaquetilla a juego, camiseta y zapatillas deportivas –por si tocaba correr–. En el bolsillo derecho de la chaqueta dormía la amiga de Albacete, dispuesta a despertar si el abuelo se sentía un héroe.

Ya en la calle, anduvo hasta Méndez Núñez. Entró en La Republicana y se echó al cuerpo una copa doble de Magno para coger valor y después, anduvo a la deriva para alejarse de su barrio, no fuesen a reconocerle en pleno delito. Cruzó la Plaza de los Sitios, llegó a la calle de Miguel Servet y anduvo hasta la plaza Utrillas. Localizó una Caja de Ahorros, tocó el timbre, oyó el zumbido, empujó la pesada puerta metálica y se puso a la cola de la larga fila, supervisando, como buen lobo solitario, el rebaño de ovejas que tenía delante de sus ojos. “Parece que han desertado de sus puestos, en las vallas de las obras”, pensó el lobo feroz.

VI

Caperucita fue muy valiente en el médico. Tras mirar, con una educada sonrisa, cómo la enfermera le ataba una goma en el antebrazo, Sergio giró la cabeza y se dispuso a contar las baldosas blancas de la pared. Una, dos, tres, ¡oh, fíjate! ésa está rota...

– ¡Ya está!, presione este algodón durante cinco minutos –dijo la hermosa vampira.

Después de salir del Centro de Salud se dirigió a La Republicana. Un tipo con el pelo grasiento y mala pinta que salía del local, le empujó con el hombro sin disculparse. Sergio había ido a ese mismo bar con sus padres primero y con su esposa e hijos, después. Lo cierto es que los chicos ya no les acompañaban casi nunca; ahora iban con sus amigotes. Era ley de vida. Comenzaba a comprender a Gabriel cuando, al acercarse a la barra, le llegó el aroma de la ansiada tortilla, ¡por fin!

VII

– ¡Por fin! –Susurró Gabriel al llegar frente a la ventanilla del cajero– Ponme al día la libreta y dame los seiscientos veinte euros de la pensión que son míos y no tuyos.

– ¿Seiscientos veinte?

–Sí, ¡seiscientos veinte!

Por si acaso Javier no lo había oído bien, Gabriel se lo había repetido dos veces. El lobo abandonó el rebaño y esperó a su víctima en la calle.

Un fajo de billetitos apareció por la gatera de cristal blindado. Gabriel dejó su bastón apoyado y tras chuparse los dedos pulgar e índice de la mano derecha, contó pasando

uno a uno los papelitos de colores. Recogió, libreta y capital, en el bolsillo interior de su chaqueta, bien cerradito con un botón y abandonó la Caja. Aunque llevaba mucho retraso, decidió ir a casa para no pasear por la ciudad con tanto capital encima.

VIII

Lo tenía casi encima y no se percataba. ¡Qué bien se le daban los seguimientos a Javier! De no ser un mediocre atracador borracho, sería un excelente detective privado. A cámara lenta, el viejo giró a la izquierda por la calle Belchite, luego a la derecha por la calle del Sol frente a cuyo portal número doce se detuvo el anciano y buscó las llaves en el bolsillo. Javier hizo la estatua a unos diez metros de él, simulando mirar los letreros de SE VENDE PISO de las ventanas de la finca de la otra acera.

IX

¡Qué raro! He llegado al bar antes que papá ¿Habrá encontrado fila en la Caja?

– ¿Con leche, Don Sergio? –preguntó el camarero.

–No me pongas nada que espero a mi padre. Hoy almorzamos juntos.

Cogió un diario deportivo de la barra, sintió el agradable olor del café matutino y se acercó a su rincón de siempre, cerca del cristal de la puerta. Repasó con la vista las viejas fotos en blanco y negro de las paredes y un rayo de luz se posó sobre la chaqueta de cuadros que acababa de colgar en la silla.

X

¡En su chaqueta de cuadros! Cuando Gabriel ya creía que había olvidado las llaves en el interior de su piso, las encontró en la parte más recóndita del fondo del bolsillo izquierdo de su chaqueta; allí, donde vivían inútiles clips y envoltorios vacíos de caramelos de menta. Decidió que era un día feliz. La pensión cobrada, la perspectiva de almorzar con su hijo, la desaparición de la niebla y el reencuentro con sus llaves, le hicieron pensar así, pero el brutal empujón cambió su opinión. Justo cuando giraba la llave, un toro de Miura lo embistió contra la puerta de hierro, haciéndosela abrir con la cabeza. Aterrizó en el suelo del patio de vecinos.

– ¡El dinero, viejo! ¡Dame los seiscientos veinte euros que llevas encima!

Gabriel terminó de levantarse a cámara lenta, con su bastón todavía en la mano y estudió sus opciones. Si le daba el dinero a ese cabrón, seguramente se largaría de allí y le dejaría en paz, pero sus labios se sentían guerreros...

– ¡No he trabajado cincuenta años, como un buey, para que un gandul como tú, venga y me robe en mi propia casa!

No iba a ceder. Era un suicida vocacional, sin muchas razones para vivir –a excepción de los churros– que a los quince, abandonó su pueblo del Maestrazgo harto de dormir con las ovejas en el monte. Huyó del hambre y del frío, para buscar una mejor vida en la ciudad. Anduvo de camarero quince años, ahorrando hasta la última moneda que ganaba con mucho sudor. En cuanto reunió suficientes billetes, se compró un taxi y se casó con su novia, María. Se fueron a vivir a su pisito de la calle del Sol. Ese piso cuyo patio comunitario quería profanar ese desgraciado. El mismo patio donde su hijo Sergio dio los primeros pasos y por el que desfilaron los de la funeraria con el ataúd de su esposa sobre los hombros. Si había que morir allí, que así fuera; no podía existir en el mundo mejor

escenario.

XI

Era el mejor club de fútbol del mundo. La cantera daba sus frutos. Nunca un campeonato de la liga de fútbol había estado tan decantado desde el principio. Era una lucha desigual; como un disparatado y amañado combate entre un viejo púgil jubilado y con gayata, contra un boxeador joven y hambriento. Sergio sonrió por la extraña comparación que se le acababa de ocurrir y mojó discretamente sus dedos índice y pulgar en saliva –como su padre en la Caja, minutos antes–, para mejorar el agarre de sus dígitos y pasar a la página siguiente en busca de alguna otra noticia sobre el Real Zaragoza. Era impresionante como habían cambiado las cosas desde que Michel tomó las riendas del equipo años atrás. Dos campeonatos de liga, una Champions y un Mundialito de clubes decoraban las vitrinas del club desde entonces. Su padre solía ser muy puntual. Algo debía haberle ocurrido, así que decidió recorrer el camino hacia la Caja y, si no, llegaría hasta el piso de la calle Sol.

XII

En la calle Sol, el lobo Javier leía la determinación en la mirada del viejo. Se echó la mano al bolsillo para coger la navaja, pero ésta se había enredado con los hilos deshilachados del fondo y no logró desenfundar a la primera. Gabriel intuyó el problema y, tras dar un paso al frente, lanzó su mejor golpe.

Lanzar la gayata contra la oveja rebelde que no sigue al rebaño o contra algún atrevido carnívoro que se acerca demasiado, nunca se olvida del todo. El bastón voló, evitando por maestría y por fortuna, los obstáculos que en forma de barandilla y pilar, estrechaban el campo de batalla. El proyectil dio un hermoso giro en el aire e impactó con el acero de su mango sobre la sien del atracador. Fue un golpe directo e inapelable. En un combate olímpico a los puntos, Gabriel habría ganado el primer asalto, pero se trataba de un duelo a muerte sin jueces. Era la lucha de dos almas tristes que se negaban a renunciar a la dignidad que les quedaba. El viejo pastor no se iba a dejar avasallar en su casa y el joven lobo, no huiría espantado por un abuelo decrepito, ¡faltaría más!

Javier cayó al suelo de rodillas tras el sorprendente golpe y sus dedos soltaron la navaja que siguió durmiendo en su lecho del bolsillo.

Gabriel olió la posibilidad de ganar por KO y se acercó al joven para regalarle una poco elegante patada en la cabeza que lo mandaría con Morfeo, dándole a él el tiempo necesario para subir las escaleras hasta su piso, donde llamaría a la policía. Era su momento, su opción de ganar. Debía aprovechar la ventaja que otorga la vida al que golpea primero, pero no estaba ágil y tardó demasiado en su intento. Javier le cogió el pie en el aire, justo antes de recibir ese zapatazo que nunca llegó y lo desequilibró, haciéndole caer de espaldas al suelo. La ventaja del pastor se había esfumado y la cosa pintaba muy mal para el viejo.

XIII

Sergio comprobó que el viejo no estaba en la Caja, “hace cinco minutos que se ha ido” le dijeron. Así que se encaminó al domicilio de Gabriel. Aceleró el paso hasta casi correr por

temer que su padre y él se hubieran cruzado y anduvieran buscándose mutuamente por la ciudad. Frente al número doce de la calle Sol le pareció ver a través de los cristales, a dos tipos luchando en el suelo. Abrió la puerta con su llave y una vez dentro, vio que uno era su padre. El contrincante, agachado sobre el viejo, le daba puñetazos en la cara y en el pecho sin parar, mientras gritaba:

– ¡Viejo de mierda, vas a morir por seiscientos veinte euros!

– ¡Moriría por un puto céntimo antes que dártelo a ti, bastardo! –gritó Gabriel.

Javier se giró tras un portazo metálico que delató la presencia de Sergio.

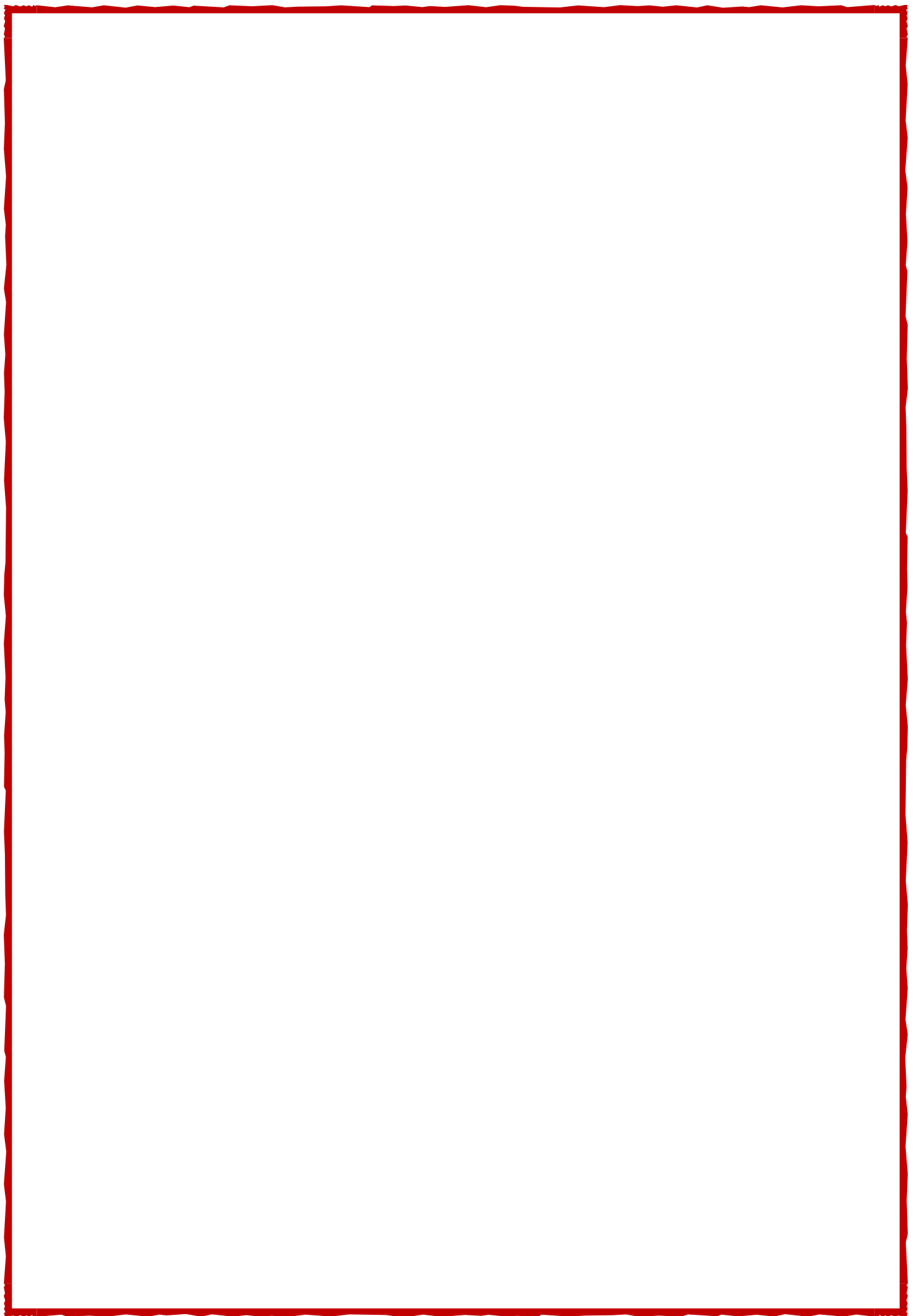
- ¡¿Qué miras, tú?! –Y se levantó a por la nueva oveja, arrinconándola en una esquina del vestíbulo y buscando nuevamente su navaja en el traidor bolsillo de la chaqueta de chándal.

– ¡Parece que esta mañana va a haber un dos por uno en el cementerio! –ironizó el lobo, a la vez que sacaba con un fuerte tirón a la albaceteña del bolsillo, rompiendo por fin los hilos que la aprisionaban. En un gesto rápido y demasiado habitual de su muñeca, Javier abrió la navaja que revoloteó con destellos metálicos entre sus dedos.

Gabriel estaba dispuesto a suicidarse, pero a su hijo ¡ni tocarlo! Gateando, recogió su bastón y se irguió junto al atracador, quien en ese momento hundía la navaja en el antebrazo de Sergio que empleó su carne menos vital como doloroso escudo, para proteger sus tripas. Cuando el lobo extraía su rojo colmillo de acero de la pata delantera de la oveja y se disponía a repetir la acción, sonó el primer golpe seco del mango del bastón sobre la azotea de Javier. Una y otra vez aterrizó la empuñadura sobre la cabeza del navajero. Al cuarto aterrizaje, el joven alcohólico se dejó caer sobre el suelo, derrotado e inconsciente.

Sergio no podía dar crédito a la cara desencajada de su padre, cubierta de sangre y con un gesto furioso que jamás le había visto antes. Gabriel estaba en el monte, en su Maestrazgo, con sólo diez años y muerto de miedo, el niño pastor trataba de ahuyentar a la alimaña lejos de su rebaño, dejando caer su tosca arma contra ese cráneo abierto e inmóvil del que la vida se estaba evaporando por segundos. Su experiencia con las fieras heridas le aconsejaba rematar la faena, así que golpeó y golpeó hasta que sus brazos se quedaron sin fuerzas y el lobo, feroz y solitario, murió a sus pies.

Llegó la policía y Gabriel, sentado en la escalera y abrazado por su hijo, repetía una y otra vez algo sobre media docena de churros en La Republicana. El “Duelo en Sol de trece actos” había terminado.



A eso de las tal

Por Fernando Barrera Esteban

A eso de las tal, despierta enredada todavía en sueños de azúcar y árbol verde, despeinada y arropada por unas sábanas hambrientas de sus suaves y delicadas curvas, se despereza sonriente, arremetiendo contra una, hasta entonces, indiferente mañana. Calza sus pies con algún que otro bostezo, se desliza por unos pasillos que, sin disimularlo, se mueren por alcanzarla y llega a un cuarto de baño que pasó, probablemente, la noche entera llorando desde que se vio abandonado cuando ella, entre caída y caída de párpados, decidió ir a pasear su sueño por el colchón, previa charla con el cepillo de dientes.

Una cafetera de metal inoxidable discute acaloradamente con el fuego mientras se le va subiendo el café a la cabeza. Se llena la taza, que andaba muerta de frío, y bebe, pausadamente, escuchando a la radio comentar que si cual ha ocurrido y que si lo otro está por pasar.

Una ducha que siempre se hizo la dura cae rendida ante la proximidad de su desnudez y acaricia con agua y cortinas sus sensuales formas. Los espejos ahora solo se preocupan de acapararla; tanto que olvidan lo demás y muestran la belleza misma rodeada de una más que silenciosa nada.

Afuera todo transcurre al parecer como siempre. En la acera andan peleándose los gatos por los restos del pescado y los perros por el gato más despistado. Los niños lloriquean en el mercado mientras aguardan la hora de las golosinas. Los que en la peluquería esperan turno comparten opiniones acerca de las señoritas que frente a los cristales pasan. Los que están siendo pelados son fielmente informados por el peluquero, que no deja escapar ni una. Alguna carcajada general se hace notar cuando el gracioso de la panadería suelta sus habituales bromas despiadadas. Y en el negocio de enfrente, que se dedica a un poco de todo y hace las veces de sede de tertulias poéticas, las mujeres sopesan cual de todos los caballeros que cruza sería buen marido, buen amante o mejor amigo.

Se despide la ducha cuando llega el turno de la toalla, protagonista del siguiente cuarto de hora, que cubre cuanto puede de su deliciosa y húmeda piel. Con ésta en torno a su torso vuelve al dormitorio, donde, en el armario, los vestidos pelean desde la madrugada por elegir el mejor sitio: el primer lugar conforme la puerta se abre. Un sonriente vestido naranja de lunares blancos se desprende con asombrosa facilidad de una percha que con envidia intentaba con todas sus fuerzas alargar el momento en el que se encontrase entre sus delicadas manos. Lo tiende sobre la cama antes de terminar de secar su cuerpo y desprenderse de la toalla, que con suavidad deja en la silla del escritorio. Queda –estoy seguro– fotografiado el momento en las nubes, en los pájaros que observaban y en las retinas de los vecinos que tras las cortinas buscaban encontrarse con ella.

Desaparece con su vestido naranja de lunares blancos para disgusto del mobiliario de la habitación. Ya en la puerta y dispuesta a salir de casa se molesta ante el murmullo continuo de una casa que no quiere perder de vista a su dueña. Da igual. Cierra la puerta.

En el bloque de pisos de enfrente alguien tira presuroso unos prismáticos sobre su cama, entabla una breve conversación con un espejo que está de acuerdo en dejarle marchar y corre hacia las escaleras.

Bajando ella las escaleras, encuentra a la de los caldos; una señora ya bastante mayor, algo sorda, especialista en sopas, que olvidó hablar cuando la guerra y que siempre regala una encantadora sonrisa sin dientes. Se le nota, a pesar de todo, cansada. Y es que es inhumano tener que subir cinco pisos con tanta edad a sobre los hombros, además del bolso lleno de trastos. Hace tres meses se estropeó el ascensor, y se convocó la típica reunión de bebidas, comida y vecinos. El del tercero tiene un sobrino que, como él mismo dijo, arregla estos trastos, pero la de los caldos tiene un nieto trabajando en lo mismo. Nadie se puso de acuerdo, luego, a pesar de las insistentes quejas, sobre todo, de los ancianos del octavo, todavía es necesario subir y bajar andando. La señora disimula su cansancio. No quiere perder la partida, que a su nieto le hace falta el dinero.

En la entrada del bloque, el portero observa, desde dentro y a través de las puertas de cristal, a un grupo de golondrinas arañar las persianas del matrimonio que ayer destrozó sus nidos. Ha estudiado tres carreras, tiene un par de doctorados, pero no encontró mejor trabajo. Está enamorado del novio de una estudiante de pintura que comparte piso con otras tantas. Si bien nadie conoce sus gustos, el otro ha desarrollado un desdoblamiento de personalidad bastante particular, de manera que los sábados de cada mes que caen en día par acaba en la alcoba del portero y más adelante no recuerda que hizo, ni que pasó, ni por qué esas miraditas cada vez que cruza la entrada para visitar a su señora.

No es capaz de reaccionar a su alegre saludo y continua absorto en el estudio del comportamiento de las golondrinas en la ciudad.

Ahí afuera todo se detiene expectante. Más allá del universo existe aún un mayor silencio, las estrellas y los planetas, tras el espeso azul que los opaca, detienen sus caóticos movimientos para observar atentos. Las nubes se paralizan, los aviones detienen sus vuelos, las aves aguardan, el viento queda quieto y silencioso, los objetos que caen al suelo se detienen. Y se abren las puertas de cristal. Sale ella y el mundo renace víctima de un delirante ritmo casi adolescente. Desde los minúsculos ácaros del suelo, que admiran silenciosos tan gran y majestuosa perfección, hasta, nuevamente, las estrellas más lejanas, muestran una frenética actividad, pues todos quieren ser partícipes de su espectáculo. Todos quieren hoy participar en su universo.

Se estrechan las calles, se acercan las aceras y los árboles se deshojan prematuramente, y es que las hojas se desprenden nerviosas de sus ramas para caer sobre su cuerpo.

Un par de ancianos comenta amigablemente los recientes logros de sus equipos. Un tercero se aventura a dar el resultado del partido de esta tarde. Ella, que pasa, se apresura a contestar un alegre déjese de tonterías, estos se crecen cuando juegan contra los grandes. Uno, tembloroso, apunta cuando se ha alejado lo suficiente que cada día es más bonita; otro advierte divertido que sus más preocupantes males sanan cuando ella pasea.

Se llena de alboroto la peluquería –pequeño trasquilón al del asiento–; debe haber oído la mujer, desde el tercero que habita, a su marido en la panadería responder al encanto de sus andares. No hay chuchería que merezca la pena para tanto llanto, los gatos han

dejado de buscar espinas y los perros de buscar gatos. El poeta del ático ruinoso abandona la idea del romántico suicidio y escribe febrilmente sobre vestidos naranjas y desorbitados puntos blancos.

Un joven, que acaba de bajar las escaleras, sigue sus pasos escondido tras árboles y farolas. La gitana de las flores le guarda las mejores rosas. Tome el dinero. Tome usted las rosas. Gracias. Suerte, precioso. Y continúa deslizándose tras matorrales, bancos y señales.

El humo mancha el cristal. Exagerado intento por escapar de un cigarro. Los bigotes manchados. Llevaba tiempo sin sonreír y ayer mismo una hija se le fue a Irlanda a fantasear sobre el arte de la forma más ridículamente infantil. Y unos firmes pasos de un vestido naranja pueden hacerle enseñar los dientes de nuevo. ¡Verás cuando vea mi señora que no es depresión lo que tengo sino aburrimiento de papeles y acciones en bolsa!

Procurando salvar las rosas del ajetreado discurrir del vulgo por entre las aceras, sortea conversaciones y críos jugando. El del quiosco le pregunta por las prisas. Lo siento, luego le cuento. La del café con su madre los viernes que como ese corte de pelo. ¡Ya ve, señora! ¡Que a uno le gusta ser persona! El matrimonio de arriba con que vaya golondrinas nos llegan cada año. ¡Tengan cuidado a la próxima con los nidos y arreglado! Y así, entre sonrisas y contestaciones breves con la firme intención de romper antes de su comienzo cualquier conversación, le pierde la pista.

Y se van abriendo las cortinas, o se esconden tras ella los obsesos. Y dicen las niñas al verla que mamá, yo quiero ser como ella mientras lo niños golpean sus codos con la complicidad y camaradería de quien sabe de que se habla. Los sacerdotes cuestionan sus votos, los ancianos maldicen su edad, así como los demasiado jóvenes, que se dejan pelusa para estar a la altura. Los comprometidos dudan y las comprometidas caen en que no es suficiente ser solamente bella.

Los pianos de la tienda tocan solos a su paso para impresionarla. Quedaría encantado el más grande maestro ante semejante armonía sudorosa. Las antenas la sintonizan a ella y las cámaras se disparan enfocando sus vistosas piernas.

¿Un vestido naranja? ¿Ha visto a la señorita? ¡Ah, la chica preciosa! Por allí. Gracias. No hay de qué. Y suerte. Corre detrás de motocicletas y autobuses viendo su media sonrisa mientras recita poemas de Becquer, Rimbaud o de su propia cosecha regalando al universo algo de sentido y polvos de mágica quimera.

Gira a la derecha y con ella el mundo, que parece seguirle desesperado. Tan desesperado como él la persigue. Saluda al anciano del bar de los cristales sucios y las mesas grasientas. La gente no lo sabe, pero escribe ensayos filosóficos tras un seudónimo conocido hasta por quienes nunca lo oyeron. Él también lo saluda. Nada chico, ahora tendríamos que ver que es la belleza en tanto que es. Pobre idealista. Se pasa la vida soñando.

Continúan deshojándose los árboles y las flores escapan de sus macetas en los balcones. Los jóvenes pájaros que en sus nidos esperan su comida se lanzan a volar para ir tras ella, y hoy hasta las piedras vuelan. Las nubes se apartan por respeto. ¡Claro que

quisieran tocarla! Pero es más bella a la luz de un sol cada vez más entregado.

Uno, dos, tres, cuatro pasos más, cuyo eco se apura en guardar el suelo, y entra. En La Republicana las bebidas en los estantes se deslizan tímida pero ansiosamente hacia ella y todo se sume de pronto en una extraña agitación sin sentido. Cobran vida los objetos, peleando por tocarla y hablarle, sentirla y, hasta los más valientes, por besarla.

Y mientras ella desaparece tras alguna puerta, unas rosas abren paso a través de la entrada a un joven acalorado y nervioso, que con aristócrata gesto, apoya una mano en la silla más cercana para estudiar el local. Y la encuentra.

El universo cae en la cuenta. Un joven con rosas en la mano ha seguido el mismo camino escondido tras árboles, arbustos, coches, humo y personas. Un joven acalorado y nervioso. Y enfurece entonces celoso. Los cometas interrumpen su recorrido y quedan suspendidos en el helado y oscuro vacío del espacio. Nuevamente, las hojas que caen al suelo quedan atrapadas en el aire, observando atentamente.

¿Qué quisiera? Su voz le enturbia la mente, que no es capaz ahora de pensar nada. El aire es más denso en torno a ella y es que unas diminutas moléculas guerrear para acariciarla. A su lado, un bolígrafo reptaba a lo largo del mostrador acabando en su mano. Y no se mueve, por temor a ser apartado. Esto... ¿Caballero? Sonríe tímida al ver al joven apartar su mirada delirante y enamorada de sus ojos. ¡Sí, disculpe! Bien... un café con rosas. Y a ella se le escapa una pequeña y deliciosa risa silenciosa. Siento decirle que no tenemos café con rosas. Puedo traerle un café si lo desea y usted echarle las rosas que lleva. Se queda paralizado, otra vez. Él quiere un café con magdalenas. Perdón. Un café con magdalenas. Dos o tres. Dos. No, espere. Cuatro. ¿Tiene tiempo? Mira al suelo. ¿Le gustaría desayunar conmigo?

Ella repasa su historia desde aquella mudanza. Y el primer encontronazo visual. Siempre encontró entretenido intuir la vida de sus vecinos tras unos prismáticos y jamás pensó que alguien más disfrutase con ello. En un acuerdo silencioso desde aquella primera vez. Él espiaría martes, jueves y sábados. Ella lunes, miércoles y viernes. Los domingos eran para ambos. Y pasaban largas horas mirándose escondidos tras las lentes. Jamás se saludaron por la calle. Era demasiado precipitado. Sonríe. ¡Por fin alguno había avanzado!

Si es capaz de esperar nuestros cafés, me encantaría. ¿Sigue queriendo las rosas? No. Son para usted.

Y un Goya, entre los estantes, sonríe encantado.

Yo, soy esa

Por María José Pellejero Letos

La noche empezó, como empezó el día, me encontraba en la misma posición pero en diferente lugar. Delante de una humeante taza de café. Su olor llegaba a mi nariz, penetraba por ella, inundaba mis pulmones y se extendía por todo mi cuerpo dejando ese olor que me conquista.

En el plato, la cucharilla inmaculada y el terrón de azúcar sin desempapelar, dejaban constancia de mi inapetencia o mi ausencia.

Aspiré ese aroma para suplir con él la carencia que todo lo ocupaba, intentando en esa inhalación invadir los huecos dejados por el paso de tantos y tantos espacios de silencios, que dan paso a esos huecos. El aroma me fue familiar, pues no era la primera vez que sustituía olor por distancia.

Cuando abrí los ojos el recinto no había cambiado de ubicación ni nada estaba fuera de su lugar, solo el tiempo con su paso había dejado la huella en mí, bueno en el papel amarillento de la fotografía que adornaba el rincón de aquella zona, de la calle de Méndez Núñez número 38 de la ciudad de Zaragoza, aquella foto recuerdo de aquel día cuando...

Mi padre regentaba una cadena de hoteles y restaurantes por toda España, por eso mi estancia en los mismos lugares era poca, exceptuando en la capital maña. Aquí vinimos cuando mi madre estuvo enferma. Proveníamos de la costa y la humedad no era buena para sus huesos por eso nos destinaron a Zaragoza, para berrinche mío, allí dejé mi amor, mi mar, mis ilusiones frustradas de permanecer en aquel paraje donde solo el azul predomina, donde solo las gaviotas y cormoranes conocían mis pasos matinales antes incluso que sus propios pasos, allí dejé amaneceres eternos y puestas de sol tan preñadas de sueños imposibles de olvidar, me emocionaba, me engatusaba y conquistaba ese azul, azul sin fondo de arena gordita, y playas con el mar tan cerca que era el rumor y la nana nocturna, pero...

Me resistí a abandonar esa residencia. Esfuerzo inútil. Argumenté mil excusas, estudios, amigos...nada. Falseé y simulé, sin éxito, exigencias estudiantiles para mi estancia allí, sin recordar que mi padre tiene armas tan poderosas como la amistad de todos los jefes gubernamentales y sacar a la luz cualquier patraña infantil.

Infantil con dieciocho años? Infantil? No, ya no lo era pues había tenido responsabilidades y obligaciones demasiado para mis dieciocho años, cuando mi madre no podía, debido al entumecimiento de sus huesos, hacerse cargo de hacer de anfitriona, tanto en el terreno protocolario como en la cocina de nuestro enorme chalet, y aunque tenía ayuda era yo quien organizaba y anudaba la corbata de mi padre para salir impoluto a recibir a sus invitados.

Por eso cuando mi padre pidió el traslado a tierra dentro ya que la salud de mi madre se iba al traste, luché contra viento y marea. Energía inservible. Igual que aquellas mañanas con el mar picado y yo me empeñaba en luchar contra él segura de vencerlo, jamás ocurrió, pero era un pulso que siempre le echaba, solo por verme abrazada, derribada, envuelta, palpada, poseída por esa manos de agua salada que me quitaba el sentido, que se adueñaban de mi voluntad, que se apoderaban de mi cuerpo haciéndolo vibrar más si

cabe todavía que cuando recibí el primer beso de Víctor, al pie de La Palomera, esa roca en medio del Mar Mediterráneo, mientras los fuegos artificiales iluminaban esa masa de agua como si se quemase. Sí, vi destellos, luces, hasta incluso algún astro planetario alrededor de mi cabeza enmarañada por las manos hábiles y expertas del que ocupaba y ocupa mi corazón, mi alma y mi vida. Esas manos atrevidas y fugaces, como las bengalas de colores que iluminaban el cielo en aquella noche de Julio, rozaron cada parte de mi cuerpo y me elevaron mucho más alto que esos fuegos artificiales.

Cuando era más niña, siempre creí que en otras vidas, fui sirena. Fantaseé con esa idea, incluso creé y creí historias siempre alrededor del mar, y cuando estás dentro, muy dentro, bajas al fondo ese que se gana poco a poco, donde el agua ya ni siquiera es azul, donde el cielo es solo un recuerdo y entonces comenzaba la historia, o los sueños o ... las realidades?

El destino era Zaragoza. Del mar a tierra, del cielo al infierno, del blanco al negro, pensaba en aquel momento. Hice las maletas como cuando se quema la vivienda y te dicen solo lo imprescindible. Metí mi ropa, mis libros mis... mis sueños, llorando y así seguí muchos días, todos los que duró la llegada y el traslado a nuestra nueva ubicación. Yo, podía estar donde me dijese, pero mi alma, mi corazón, mi vida, mi pensamiento, se quedó al pie de esa roca en medio del Mar Mediterráneo, donde mis labios te dijeron: Dame un beso, y me contestaste: ¿Más...? qué puedo darte "mi cielo" si contigo, la nube es mi suelo, si tus dedos solidarios por mi cuerpo hicieron un itinerario y descubrí un rosario de placeres envueltos en papel de caramelo, si hoy todavía me regodeo al sentir tus labios cerca y esa mirada traviesa que me decía...:

¡Dámelo tú! Por darte, te daría hasta el aire que respiro, pero solo por sentir cerca tu boca, esa boca que a pecar invita y que incita a robar ese beso que me provoca un sentimiento extraño y hace dos o tres años que mi mente desvaría cada vez que recuerdo un día y otro día, cuando nuestras manos se juntaron, se tocaron y acariciaron a través de la agonía de no podernos tocar ni juntar ni acariciar "Princesa" de mi cuento. "Bella" de mi sentimiento. Juego con tus besos dentro de mi cabeza y me cuesta gran proeza el poderme controlar. Vayamos a la orilla del mar y lánzame besos dentro, allí sumergirme quiero y atraparlos con mis labios y el sabor del mar salado me quiero yo beber, son tus lágrimas mujer, que han coloreado las aguas, y ese azul que parpadea, es tu sonrisa de sirena que me colma y que me llena, que me hiela y que me quema, que me roba y que me dice.....¡Dámelo tú!

Después de ese "dámelo tú" se miraron, Víctor vio tanto amor en los ojos de su "pequeña" que quiso captarlo, sacó su cámara de fotos minúscula del bolsillo y le pidió que posase mirando al mar. El mar eres tú y yo en tus olas me quedo.

Con esos versos en mi cabeza y el instante plasmado en una foto, que se quedó dentro de la cámara de él, con la promesa de hacerme una copia, nos instalamos cerquita de la plaza del Pilar, en un piso que adjudicaron a mi padre próximo a su lugar de trabajo. Mi destino, tras las clases, todas las tardes era el mismo, primero ir a la orilla del Ebro, lo más parecido al mar y allí volvía una y otra vez a mis recuerdos y mis lloros. Evocando tiempos y sensaciones vividas. Paseando un día por los alrededores de nuestro hogar, localicé un establecimiento hostelero y por curiosidad entré, me atrapó su interior todo de madera y la dulce acogida por parte del personal de allí. Elegí un rinconcito donde las paredes estaban llenas de fotos con imágenes, la mayoría, de mujeres, y pensé quien serían esas mujeres que engalanaban esas paredes y daban calor y color al local.

Me pedí un café y retorné de nuevo con el pensamiento a ese otro lugar que adornó un

dulce beso, me gustó las sensaciones que allí sentía y las vibraciones del lugar, noté la magia, el encanto. Lo descubrí y me lo apropié. Volví al día siguiente y al otro y al otro, lo hice mi refugio de sueños, mi lugar de estudio, mi sitio de confidencias a través del teléfono, desde allí las palabras brotaban solas, igual verbalmente que escritas, allí leí poemas enviados desde la orilla del mar:

“Te acercaste a mí, lo noté por el aliento que me llegó tenue y delicado como caricia de pluma de ave coqueteando en el dorso de mi mano, las yemas de tus dedos eran algodón entre nubes danzando y con la brisa de un suspiro, en mi piel aterrizaron, y hasta el aura se contuvo al sentir como venías cabalgando entre penumbras a morir entre mis brazos.

De tus labios no salían besos, brotaban cascadas de mar salado, que al posarse en los míos, las salivas se mezclaron y al mezclarse dos torrentes resultaron de pasión, de deseo y en la boca se juntaron, al juntarse, a mi cuerpo le avisaron y el corazón respondió con gemidos entrecortados. Y esas bocas ya cosidas con el hilo del deseo iban ampliando el ruedo y todo el cuerpo ocupaba el anhelo de ese beso que hasta el sueño llegaba”.

La lectura de esos versos solo estaba custodiada y vigilada por esas miradas ausentes de los ojos de las mujeres de las fotos que colgaban de “La Republicana” nombre del establecimiento, que adornaban y daban calor de hogar a ese sitio elegido al azar y hecho imprescindible en mis actos cotidianos. Ni un día falté, y ni un día me faltaron los poemas y las lágrimas.

Hasta Blanes, llegaban cartas llenas de melancolía y nostalgia. Hasta allí y a través de misivas y llamadas de teléfono, conseguían que Víctor se hiciese cargo del desazón y dolor de la muchacha cuyos rizos le cautivaron la primera vez que la vio, lo encandilaron y enamoraron al enredador sus dedos, perdiéndose entre ellos cuando la besó al pie de La Palomera. Ese recuerdo quedó plasmado en una foto segundos después del beso, cuando la muchacha estaba todavía con las mejillas arreboladas, el pelo enmarañado por las caricias del muchacho y la mirada perdida en el momento vivido.

Ese retrato seguía dentro de la cámara fotográfica, y no pudo hacerle una copia para llevársela ella por lo apresurado del viaje y porque había provechos más importantes en esos momentos, ofrendas y pendientes por cumplir, que revelar la foto. Pero... Víctor tenía un sueño, una promesa que cumplir, y jamás cejaría en hacerlo. Solo necesitaba tiempo y el tiempo a nuestro pesar o a nuestro favor, sigue pasando. El día que hiciese un año de aquel beso que deseas ese beso que deseo, ese beso que te diga sin palabras lo que siento. Ese beso húmedo y suave de labios entreabiertos. Ese beso clandestino, ese beso de pasión y fuego. Ese beso, anuncio de locura y desenfreno; de caricias contenidas y de noches de desvelo. Ese beso escurridizo ávido de descubrimientos, penetrante, profundo, salvaje, bestial, y a la vez, cálido, tierno, dulce, pequeñito y etéreo. Ese beso de sabores a lo que tú y yo sabemos, ese beso de colores para colorear un encuentro, paladear un instante e iluminar un momento. Volverían a estar juntos y ella sería la dueña de la imagen plasmada en papel, aunque tuviese que desplazarse hasta Zaragoza., pero... Tenía algo pensado porque ella “La Bella” le hablaba de un lugar donde se refugiaba por las tardes, y en sus paredes colgaban...

El tiempo fue pasando tanto en Zaragoza como en Blanes, el curso terminado y los muchachos ya con vacaciones, pero... Nuestra familia maña ese año no podían hacer el desplazamiento a la Costa Brava debido que a nuestra soñadora se le fueron muchos sueños al lugar donde tenían que haber estado ecuaciones, historia, inglés... y fue castigada a cambiar sueños por realidades, según el argumento de sus padres.

Ella mantenía la esperanza de que llegado finales de Julio cuando son las fiestas Patronales de la población costera, volverían, ya que los amigos que tenían en Blanes, invitarían a sus padres y por protocolo no podrían renunciar a esa invitación, y de nuevo allí, en esas fechas precisamente cuando la catarata de fuegos artificiales inundase el mar y al pie de La Palomera, volvería a sentir ese beso robado que... “No fue robado ese beso, solo fue intencionado, era lo que tu boca jugosa, me estaba provocando. Y yo que leo en tus labios, leí lo que en ese momento deseabas y aproveché ese instante para seguir adelante y que te sintieses besada”.

Los padres lo tenían decidido y por más insistencia tanto por parte de los amigos costeros como de la muchacha con promesas de buenos comportamientos, no fueron a la población puerta de la Costa Brava, para desconsuelo de la muchacha. ¿Desconsuelo? Desconsuelo, desdicha, desazón, desgracia, desamparo, desespero, desventura, desánimo, despecho, desesperación, desilusión, desengaño, desencanto, desaliento, desmoralización... y todos los adjetivos desoladores que hay en el diccionario. Nada. Sus padres imperturbables ni se apiadaron ante la languidez de su hija. Era por su bien, le decían. Su bien? Cuál era su bien? Ellos que sabían lo que era su bien. Su bien, su ilusión, su sueño, su alegría, su delirio, su fantasía, su regocijo, su satisfacción, su gozo, su deleite, su contento, era volver a sentir ese beso que te envió en mis noches con Morfeo; ese beso que me mandas con las puntas de tus dedos. Ese beso que es suspiro, ese beso que es abrazo, ese beso que es entrega, ese beso que es sincero. Decidido, no salían de la capital maña. Llegó el 26 de Julio, día de la fiesta Patronal de Blanes, y la muchacha no quiso ni levantarse de la cama. El día era espléndido, el sol se hacía querer y se instaló desde muy tempranito delante de la ventana de su habitación, pero ella no hizo caso, además sus lágrimas le impedían verlo, y todavía sentía más zozobra al no saber nada de Víctor, pues su móvil salía apagado tras muchas llamadas.

Imaginó mil situaciones, mil excusas para no estar disponible cuando lo llamaba. Ninguna era la cierta pues el muchacho tan desesperado como ella, cogió ese día el primer autobús que salía hacia la capital maña, a veces dormisqueaba, otras escuchaba música, otras recordaba momentos pasados y venideros, pero la mayoría del tiempo se la pasó mirando un cuadro que traía en la mano. Era la foto de su amada enmarcado ya tamaño casi real. Se las ingenió para localizar las señas del establecimiento hostelero que era el refugio de su “pequeña” e incluso habló con los propietarios y les pidió un favor. Ellos sabiendo la importancia de la petición y dejándose llevar por los recuerdos de su juventud accedieron a ser cómplices. Llevaba en la mente una idea que....

No podía permanecer por más tiempo en la cama, necesitaba respirar, precisaba ver el sol, el agua, la vida que había fuera de su “no” vida. Salió a la calle y como todas las tardes el Ebro acogió sus lágrimas saladas como ese mar de sus amores. Cuando sus lágrimas ayudaron a que el río creciese, volvió por la Calle Alfonso hasta coger Méndez Núñez, y al llegar al 38, suspiró como pensando: “ya estoy en casa”, allí se encontraba a salvo de miradas, de reproches, pero a la vez se hallaba tan en paz que cruzó el umbral y sin mirar fue a situarse a su rincón de siempre.

Más de pronto algo atrajo su atención, pestañeó varias veces y no dio crédito a lo que veía, era su foto colgando en la pared del establecimiento, esa foto recuerdo de un momento hasta entonces único. Se volvió despacito y unos brazos la estaban aguardando. Solo pudo decir:

YO, SOY ESA

El republicano

Por Irene Golden Ruiz

He sobrevivido a una inundación, a dos mudanzas, a una guerra civil, a un incendio y al trasiego nómada de mil manos curiosas que aporrearon mis teclas en un rastrillo. Pero ha valido la pena porque, finalmente, he encontrado mi hogar.

Ahora, viejo y magullado, sigo resistiendo los avatares del tiempo, sigo almacenando en mi interior recuerdos infinitos que martillean mi alma arrancándole suspiros en La menor.

Y es en ese estremecer de notas cuando se me escapa una suerte de Adaggio que sobresalta a los clientes de la casa: a esos que vienen y se quedan, a esos que saben respirar el olor de la cocina casera y la fragancia del amarillo, de lo antiguo, del pasado.

Ellos, al igual que yo, vivimos atrapados en la magia que encierran los objetos que se hacinan en los estantes.

Aquí, este viejo piano de pared que se confunde entre la multitud de antiguallas y de rostros anónimos que tapizan las paredes de esta casa de comidas, se siente acompañado, se siente parte del alma bulliciosa de La Republicana.

En este observar sosegado he aprendido a disfrutar del silencio que encierra el ruido. Yo que siempre he sido escuchado, ahora callo para escuchar las conversaciones del mundo cambiante que habita estas mesas cada día: susurros al oído, el pronóstico del tiempo, las cábalas sobre el partido del domingo, declaraciones de amor cifradas, el frágil sonido de una lágrima que se pierde entre el gentío que se hacina en la barra.

Y es ahora en esta soledad acompañada cuando descubro que, después de un largo devenir itinerante, por fin he encontrado mi lugar en el mundo. Sí, ha valido la pena.

Mi primer hogar de acogida fue la biblioteca de una casa de una familia adinerada. Allí, mi armónica estructura sólo sirvió para acoger las fotos de los muertos y un sinfín de misceláneas porque, aunque el dinero y el lujo estaban presentes en cada rincón, la cultura y el gusto por las artes brillaban por su ausencia: los libros bostezaban en sus anaqueles y yo permanecía callado durante semanas hasta que a la estridente señora le daba por improvisar una ráfaga de escalas disonantes que me dejaban aturdido durante horas.

El único acontecimiento que enturbiaba la laxitud de mis días era la limpieza general que la señora ordenaba cada cambio de estación. En esos días de zafarrancho y ropa blanca, el servicio me dedicaba una agradable sesión de paño suave y cera para sacarme lustre. Durante ese fugaz acariciar de la madera mis cuerdas se erizaban revelándose contra el destino que me había tocado vivir. Aún así, debo decir que mi vida con ellos fue tranquilamente aburrida y sin sobresaltos.

Resignado a esa existencia vacua y ociosa, una noche, una inesperada tromba de agua

desbordó el cauce del Ebro a su paso por Mequinenza, provocando una vasta inundación que cambiaría para siempre el rumbo de mi vida.

Cuando las aguas irrumpieron en la casa, barrieron cuanto encontraron a su paso y, aunque en la biblioteca no hubo demasiadas bajas, mis articulaciones quedaron malheridas y desde entonces sufro un indiscreto e inarmónico crujir de huesos. Después de la debacle, la señora, que siempre fue esclava de la tiranía de la moda y de la apariencia de las cosas, supo aprovechar el desastre para convencer a su marido de que era acuciantemente urgente hacer reformas generales y renovar el mobiliario para mantener el buen nombre de la casa. El señor, a sabiendas de que contradecir a su esposa era una batalla perdida, simplemente asintió.

Apenas había pronunciado un sí pusilánime, cuando la señora ya había puesto al servicio en pie de guerra. Con enérgica contundencia desenfundó su tirano dedo índice y se dispuso a condenar a muerte a cuantos muebles, tapices y objetos rechinaran con las nuevas tendencias que en adelante reinarían en su hogar.

No dejó títere con cabeza y como era de esperar, cuando llegó mi turno, el dedo decidió que el piano debía ser deportado. Al parecer y por lo que pude oír mientras el servicio me vendaba los ojos, yo no era más que un armatoste que ocupaba un jugoso hueco de luz junto al ventanal.

La obediente servidumbre sacó fuerzas de flaqueza para portearme hasta la trasera de un viejo carro como a un condenado a muerte al que llevan al cadalso. En este primer acarreo sufrí la distensión de alguna cuerda y la desidia del servicio laceró mi piel de forma irreparable. Sin embargo, lejos de sentirme apenado, un gran alivio recorrió mi cuerpo al saberme liberado de una vida muda e inmóvil.

Otros compañeros de piso corrieron mi misma suerte aunque no todos llegaron de una pieza al carro. Los supervivientes hicimos el viaje ensimismados en nuestros recuerdos y conforme fuimos llegando a nuestros destinos, nos fuimos despidiendo en silencio: código de honor entre las cosas antiguas. Fue una larga y agónica despedida que se me instaló en el alma y, quizás por eso, durante una larga temporada sólo puede entonar canciones tristes.

Ese día me hice viejo.

Después de una tortuosa travesía llegué a mi segundo destino: la sacristía de una pequeña iglesia de un pueblo cercano. Cuando desvelaron mis ojos y me vi rodeado de un sinfín de rostros extraños, (cuadros e imaginería de vírgenes y santos que me observaban expectantes con sus enormes pupilas negras), un frenético temblor hizo castañetear cada una de mis teclas.

Imagino que en el fondo, a pesar de sentirme liberado, una parte de mí estaba sufriendo una amarga sensación de desarraigo. No pude dejar de temblar hasta que un cura de gesto amable se esmeró en tranquilizarme.

Al cuidado de sus manos me sentí a salvo por primera vez en mi vida, dichoso de seguir completo en un mundo incompleto.

Aquella noche en la soledad de la sacristía, me sumergí en aquel mundo sagrado donde ángeles y santos se concentraban en mansa reunión para velar por el destino del hombre. Nada me hacía presagiar entonces que sería allí donde este viejo contador de melodías, sería testigo de un cambio histórico.

Pronto descubriría que el recogimiento y la quietud de la sacristía servían de velo para ocultar otras actividades que poco tenían que ver con la liturgia. En ella se daba asilo a rojos perseguidos y se acogían reuniones clandestinas del variopinto bando republicano durante la Guerra Civil.

Todo este entramado estaba auspiciado por Las Miravé.

Igualada Miravé, hermana del párroco y viuda de un republicano, servía de enlace en el conflicto bélico y cada día exponía su vida acogiendo a republicanos perseguidos. Tras el fusilamiento de su marido, conocido entre los camaradas como El Miravé, su casa dejó de ser un lugar seguro y La Miravé tuvo que andar ingeniándose para seguir cumpliendo con su deber.

Fue en esos días de caos y terror cuando Igualada descubrió con tristeza que a la sombra de La Tricolor también había ido creciendo el miedo. En más de una ocasión se encontró con la negativa de algunos camaradas a acoger a los perseguidos. Parecían haber olvidado sus ideales, su causa, pero lejos de rendirse y de asumir la domesticación de la fuerza bruta, estos hechos la fortalecieron en sus convicciones.

Cansada de que sus propios compañeros le cerraran las puertas en la cara, una noche, cuando el cuñado de La Miravé irrumpió en su casa herido por la bala de un civil, Igualada supo lo que tenía que hacer. Contraviniendo toda norma, sus pasos la condujeron hasta la iglesia para pedirle auxilio a su hermano. Don Juan, aunque desconcertado y sumido en mar de dudas, no pudo negarse a la fuerza de la sangre y accedió a auxiliar al herido. Aquel día, los Miravé firmaron un pacto silencioso.

Esta sería sólo la primera vez de muchas en las que Igualada y su hija Carmen tocaran a aquella puerta para pedir auxilio. Y fueron tantas las veces que, con la fluidez que tienen los ciclos naturales, todo se fue normalizando.

Poco a poco, la sacristía de Don Juan se fue llenando de voces nuevas que clamaban libertad, igualdad y fraternidad y, se ve que el párroco se fue contagiando de aquellas ideas liberales y empezó a asistir a las reuniones, eso sí, disfrazando su curiosidad con un fingido interés por poner orden y medida entre los más radicales.

Mi llegada a esta sacristía estaba escrita en algún hito del destino. Hoy sé que llegué hasta allí para protegerlas.

Mi presencia dio un vuelco a la vida de la joven Carmen Miravé. El día que la muchacha me vio allí apostado corrió hasta mí y se entregó de lleno a curiosear cada una de mis teclas. Me sentí muy halagado ante tal derroche de alegría pues, como ya han podido deducir por mi bagaje, nunca antes había despertado tanta curiosidad y entusiasmo en nadie.

Fueron sus manos inexpertas las que me hicieron sentir útil y su perseverancia en el

aprendizaje el que fue expulsando de mi corazón las canciones tristes. Los días dejaron de pasar para quedarse.

Con el avance del frente nacional, la lucha se recrudeció y el cuadrante de bajas de nuestras reuniones se fue llenando de cruces. Mi corazón empezó a temer por la vida de Carmen y de nuevo esos tonos menores y amargos se volvieron a instalar en mi alma. Ya en el 38 los chivatazos, las torturas y los fusilamientos eran el pan nuestro de cada día. Muchos republicanos llegaron incluso a delatar a familiares y amigos para salvar su vida.

Así que no fue de extrañar que el cuñado de La Miravé canjease su vida por la de Igualada. Imagino que ante un fusil la lengua se suelta y el miedo habla. Aún así, aunque empapó a los civiles de los tejemanejes de su cuñada, tuvo la deferencia de no mezclar a Carmen en el asunto, ni desvelar las reuniones en la iglesia.

Tras la confesión del Miravé, los civiles organizaron una redada vespertina y sacaron a Igualada de la cama a culatazos. Después de torturarla cruelmente ante una Carmen impávida, se la llevaron detenida porque no consiguieron arrancarle ni una sola palabra. Durante esos días de luchas y huidas sufrimos las visitas a deshoras de la guardia civil y, aunque realizaron registros exhaustivos, nunca se les ocurrió mirar en mis entrañas donde con celo atesoraba los carnets del partido, los panfletos sindicalistas y la vieja partitura del himno de Riego.

Desde aquel acontecimiento, Carmen nunca volvió ser la misma. La dulzura de sus dedos al acariciarme quedó eclipsada por una rabia ciega que martilleaba mis teclas hasta hacernos desfallecer.

Más que nunca se entregó a la causa aún a sabiendas de que estaba en el punto de mira. Sus días se consumían en desvelos y sus noches en lunas tristes en las que yo acogía su llanto hasta que se quedaba dormida sobre mi tapa.

Fue en esos días cuando un extraño sentimiento me incendió por dentro insuflándome un continuo desasosiego por no poder abrazarla.

Ya en el 39, con los nacionales en puertas, algunos vecinos asustados empezaron a dar chivatazos que pusieron en jaque el secreto que guardábamos en aquella sacristía. Durante la cruenta Batalla del Ebro, Don Juan, temeroso de la amenaza que se cernía sobre su sobrina, le aconsejó que se escondiese en otro lugar durante algunas semanas pero, Carmen, curtida en la lucha y macerada en la lealtad de su madre, se negó.

Dos días después, mientras La Miravé moderaba una tensa reunión del partido, una patrulla militar irrumpió en la sacristía dispuesta a llevarnos a todos por delante. En la refriega una velita cansada se durmió sobre un lienzo blanco y en la confusión del humo recibí un balazo en el pecho para salvaguardar la vida de mi amada.

Antes de que la cortina de humo cegase mis ojos pude verla escapar. Una parte de mí estalló en alegría, la otra se me rompió en mil pedazos. Un viejo piano enamorado que en adelante se debatiría entre la muerte y la espera.

No sé en qué momento perdí la conciencia pero del incendio apenas recuerdo nada,

salvo fogonazos que se difuminan en mi memoria. Cuentan que un chatarrero avisado consiguió rescatarme antes de que las llamas me devoraran y se ve que su interés no fue humanitario sino de trueque comercial pues, cuando recobré el sentido, me descubrí en un enorme trastero donde otros heridos de guerra se hacinaban en estantes y rincones, sin orden ni concierto.

Sabiéndome preso nuevamente me resigné a la espera y llené la infinita penumbra en que vivía de pensamientos dedicados. Pensar en Carmen me mantuvo vivo en aquel trastero umbrío.

Una mañana cualquiera cuando ya me había abandonado al letargo, alguien me sacudió el polvo con desgana y me sacó a respirar aire puro. La luz del día calentó mi espíritu y mi silencio se llenó de voces, de sonidos del mundo, de caras nuevas. A mi alrededor, miles de muebles y objetos se exponían calle arriba, calle abajo, a la espera de encontrar en aquel rastro un nuevo hogar de acogida. Todos esperando. Siempre esperando.

Como hacía mucho que yo no esperaba nada, me concentré en respirar aquel momento de libertad, en disfrutar del pulso de la vida y de las manos anónimas que levantaban mi tapa y comprobaban mi afinación, como el que le mira los dientes a un caballo. Soy caballo viejo, pero aún tengo buen trote.

Ese día, mientras yo respiraba, alguien me respiró. Y fue en su observar cuando leyó entrelineas las cicatrices de mi historia. La mudanza de las cosas debe hacerse con mimo y así lo hizo. Valió la pena esperar.

Ahora, este viejo republicano vive en una casa de comidas en la que se ha granjeado el alias de La Antigualla.

Cuando llegué aquí, La Miravé ya me esperaba. Quiso el destino unirnos en el espacio y en el tiempo; yo en mi rincón solitario y ella dando nombre a este lugar, luciendo su belleza tranquila enmarcada.

Aquí sirvo de pedestal a un Goya lúcido que pinta en el aire historias de otros tiempos y acojo las charlas de esta buena gente que entre sms y emails quedan con sus amigos en este centro neurálgico, haciendo de La Republicana un punto de encuentro, de comunión, como lo fue mi sacristía.

Cada 14 de Abril, algunos nostálgicos ocupan estas mesas enarbolando La Tricolor y, entre copa y copa, brindan por el advenimiento de la III República. Carmen sonrío. En una ocasión un joven osado, y algo beodo, se atrevió a desempolvar mi voz para entonar el himno de Riego y debo decir que aunque mis cuerdas han vivido tiempos mejores, estuve a la altura de homenajear la memoria de los republicanos de antaño.

Y es en esos momentos que me recuerdo que no debo olvidar las ganancias y pérdidas que he tenido por el camino porque lo importante ha sido caminar.

Otros compañeros corrieron peor suerte: unos porque no pudieron resistir el trote de las generaciones pasadas y otros porque fueron víctimas de los desahucios propios de la modernidad y su regusto por el cristal al ácido y los sucedáneos en serie.

Yo sigo en pie, resistiendo, viviendo al día como el menú de esta casa. Sí, me siento afortunado de haber encontrado mi lugar en el mundo. Un lugar desde el que mi alma puede acariciar con sus notas el retrato de mi amada.

Aquí todos la conocen como La Republicana, pero sólo yo sé que mi dama roja se llama Carmen, Carmen Miravé.

Reglones torcidos

Por José María Tamparillas Romero

Fuera sopla el Cierzo. Es un tajo de carnicero que corta con fiereza, un martillo que sojuzga a los viandantes. Dentro el aire es cálido y acogedor; huele a especias, a vino, a buena comida y conversaciones afables. Fuera la luz es impersonal, es el viento quien le roba intensidad, la matiza con tonos cenicientos. Dentro, los objetos que pueblan por doquier las paredes, brillan con un fulgor especial, como si poseyeran un remedo de vitalidad, una sencilla existencia multicolor, silenciosa, casi onírica.

—Me gusta este sitio.

—Es bonito, no te diré que no.

—Lo tuyo no es el lenguaje.

—No, y no tengo tiempo para esas chorradas, Martín. Llamo pan al pan y vino al vino, sin adornos. Quizá si hubieras actuado de otra manera no estaríamos en estas ahora.

—Lástima.

—¿El qué?

—Todo. Tu simplicidad —Martín recorre el local, La Republicana, con un gesto de la palma de su mano—, aquello que dices que tiene que suceder... Aunque, bien mirado, tenía que pasar en un momento u otro, ¿no, Carlos?

—Tú sabrás. Te has metido en el atolladero tú mismo.

—Será el destino.

Carlos da un puñetazo en la mesa, un gesto violento que logra controlar en última instancia. El sonido del golpe suena amortiguado. Hay un destello de fiereza en sus ojos color almendra. Mira a un lado y a otro con rictus rapaz. Pero nadie parece estar interesado en su conversación.

—Joder, Martín. No juegues, no te engañes. Sabías lo que hacías, conocías las consecuencias. Dios mío: ¿Destino me dices? Unos cojones. Inconsciencia, crueldad, estupidez, eso es, estupidez sin conocimiento.

—No podía hacer otra cosa. Lo sabes, ¿o no?

—Sé que la cagaste. Podías haber salido de allí, sin cagarla, sin hacer lo que hiciste. Nos has jodido a todos. ¿Oyes?

—Era imposible...

—Maldita sea, Martín, deja de repetirme como un crío. Salimos en todos los periódicos.

Esta vez la ira se desvanece casi al mismo tiempo de aparecer y la mano no llega a tocar la mesa. De hecho, el rostro de Carlos se transmuta, adquiere una forzada mueca de tristeza. Forzada ya que la tristeza no tiene cabida en él; es un rostro a prueba de emociones: granítico e inexpresivo, dado a la contención, a la frialdad y el cálculo.

—No te conozco, Martín..., después de ver lo que vi, no te conozco.

Martín acaricia con delicadeza la copa de vino que tiene delante. Baja la mirada y se muerde los labios. Tiene facciones aniñadas, el pelo color panocha, pecas, ojos pizpiretos de un límpido color azul que, a veces se muestran vacíos y muertos como los de un pez

—Pues ves al auténtico Martín Domingo, chico. Tal y como es.

Carlos cierra los puños. El vacío fugaz de esos ojos que le miran sin expresión quiere tragárselo. Por un instante, algo parecido al miedo roza con delicadeza sus mejillas. Se contrae, se retuerce incómodo y asqueado. Conoce desde hace demasiado tiempo al hombre que tiene enfrente, ha estado en su casa, ha ido de juerga con él, llorado y reído

con él... Y sin embargo ahora duda, hay una sensación de engaño que se restriega contra sus entrañas como un herpes malicioso.

—Me gusta este sitio —Martín adopta una pose ensoñadora, Carlos se sorprende ante el aura de inocencia, de inconsciencia, que desprende su amigo. Termina por decir sin fuerzas:

—Es como tu casa, lleno de cachivaches inútiles, de recuerdos de otras vidas que ya nos son vidas. Solo faltan los libros, todos los mamotretos de arte que te tragas sin descanso, los libros y esa estúpida colección de muñecas. Sí, las muñecas.

Piensa en ellas: remedos en miniatura de seres humanos, autómatas de porcelana, sin alma, de cara angelical. A la postre, un reflejo artificial aunque acertado de la auténtica esencia de su propietario.

El ruido de la puerta al cerrarse sobresalta a Carlos. Sabe que nadie sospecha aún de ellos, no dejan pistas, son buenos, los mejores en lo suyo..., pero de todas formas se mantiene alerta. No puede dejar de hacerlo, es su naturaleza: frialdad y prudencia, una racional evaluación de los pros y los contras. Martín, sin embargo, no se inmuta, parece en paz y ajeno a todo. Por alguna ridícula razón no evidencia temor ni angustia. Tiene la mirada fija en el propietario del restaurante, un tipo espigado, de pelo claro y perilla, que habla con un grupo de parroquianos. El hombre señala la interminable colección de tapas que se disponen en prolijo orden bajo los expositores. Habla alegre, convencido de lo que dice, de que todo va bien, orgulloso de su trabajo; es ajeno al frío, ajeno a los sucesos que descuartiza el periódico que tiene al lado. Carlos cierra los ojos y respira, trata de absorber algo de la paz que flota a su alrededor, el mundo sigue girando después de todo. Ha ojeado ese diario antes de que Martín entrara, mientras esperaba impaciente. El atraco y el asesinato aparecen en la portada en grandes titulares: una foto del chalet —un escorzo que muestra su amplia fachada—, y a su lado, otra, esta en blanco y negro quizá para acentuar el dramatismo de la expresión de la mujer, de la madre que se sostiene duras penas en el hombro de una policía con el rostro pixelado, madre herida de muerte en el alma.

Falta otra, la que nunca aparecerá en ninguna portada y que él tiene grabada en cada neurona: una resonancia indeleble que araña y araña, que horada su equilibrio con la paciencia que solo el mal más puro es capaz de conferir a los recuerdos.

—Ahora eres el cazador, Carlos.

—¿Qué?

—O debería decir mejor el ejecutor.

—Cierra el pico, Martín —la saliva le sabe a ponzoña, le amarga. Bebe con impaciencia, pero el vino exacerba la intensidad de la náusea.

—Vamos. Tú mismo lo has dicho; entre líneas, pero lo has dejado claro: al pan, pan, al vino, vino. El gran Carlos Echegaray, limpiando el rastro, aplicándose con discreción y eficacia a borrar los renglones torcidos. No soy tonto, coño.

Carlos traga aire con violencia.

—No soy solo yo.

Martín yergue su barbilla.

—Vale, están ahí fuera. Sois cuidadosos. Nada al azar. No hay que dejar escapar al monstruo.

—La jodiste.

—Te repites. Tanto la jodiste...

Por una vez percibe en Martín un matiz de duda, un residuo de temor reflejado en la vacilación de los labios.

—La jodiste de como nunca hubiera esperado —insiste Carlos. Mientras mastica la palabra monstruo, vuelve a verla.

La cara de la niña se perfila lentamente, no tendrá más de ocho años, se dibuja con claridad fantasmal sobre una de las fotos de la pared del restaurante. Una que muestra otra criatura dentro de un marco ovalado, recargado. El conjunto está manchado por los brochazos de color que algún fotógrafo usó para dar algo de alegría al insulso retrato. La niña lleva una guirnalda en al cabeza, viste una túnica vaporosa, sostiene con expresión pusilánime un ramillete de flores..., poco a poco el sepia original se trastorna ante su mirada con escalofriante realismo, se funde con los otros colores que él solo ve: la sangre que resplandece en las sábanas, el terror incrustado en los ojos del cadáver, el rictus de una boca congelada en un estertor de agonía.

Dos cadáveres superpuestos, uno perdido en el pasado: polvo y olvido, el otro fresco y vívido.

Sacude la cabeza. Martín le habla.

—Han hecho bien en mandarte a ti. Eres el único en quien confío.

Carlos no responde, las palabras no significan nada, no las escucha.

Martín insiste, junta las puntas de los dedos.

—Hace frío. No me gustaría estar en su pellejo un día como hoy. El Cierzo se te mete en los huesos y los roe, te arranca la carne—se sonríe—; seguro que están de mal humor. Deberías llamarles, decirles que entraran y se tomaran algo caliente, al fin y al cabo no tengo escapatoria.

Carlos resopla confundido.

—¿Te divierte todo esto? ¿Lo que has hecho?

Carlos cae en la cuenta de cuán estúpido es lo que ha dicho.

—Olvidalo —tercia— es un mal chiste.

Martín cabecea encantado con la gracia; vuelve su mirada hacia el propietario, que ahora seca unas copas. Frente a él una chica menuda, de ojos oscuros y melena negra, le dice algo. El propietario se ríe, deja la copa y el trapo, se estira por encima de la barra y la besa, un beso fugaz.

—Por lo menos fue un buen golpe, de los mejores. Mira el lado bueno de las cosas. Uno menos en el reparto.

—Dita sea —Carlos estruja la muñeca de Martín. Intenta causar dolor, dejar salir algo de la frustración que lleva acumulada dentro.

Una pareja de mujeres les observa. Carlos suelta la presa y agacha la cabeza improvisando una sonrisa de circunstancias. Está llamando la atención, rompe la primera regla, debe pasar desapercibido. Martín se ha echado hacia atrás y se frota el brazo.

—No hay botín, imbécil, no hay material. Después de lo que hiciste quemaba, iba a quemar siempre. Un robo se termina olvidando, al final hay siempre alguien que compra. Todo consiste en dejar pasar el tiempo y tener paciencia. Pero lo que nos llevamos estaba marcado con sangre, ¿entiendes? Sangre de una cría. Hay cosas que no se olvidan, espadas de Damocles que no desaparecen. Así que el río se lo tragó todo, y espero que con ello se tragara buena parte de lo que nos relaciona con tu..., tu...

Martín se acerca, le espeta desafiante:

—Dilo. Dilo sin escrúpulos. ¿No te atreves? No tengas miedo, es fácil una vez empiezas

—susurra con frialdad.

—Bastardo.

—En esencia es lo mismo que vas a hacer conmigo, eso que estás dispuesto a cometer en cuanto salgamos de aquí. ¿También lo lavará el río?

—¡Mierda! Quizá —escupe cruel.

Martín vuelve a acomodarse en su silla. Está pálido.

—Amigo, no es bueno tener remordimientos. No cuando tienes entre manos un asunto tan feo como el que cargas ahora, tanta responsabilidad...

—¿Acaso tú no los tuviste?

Martín se limpia una mota de polvo de la solapa de su americana.

—Eres demasiado inteligente para hacerme esa pregunta. Ya sabes la respuesta — apunta desafiante, pero sin mirarle.

—¿Por qué?

Martín vuelve a erguirse. Tiene sus ojos muy abiertos, una capa aguanosa cubre sus iris, los apaga. Mueve los brazos y termina señalando a Carlos con los índices.

—Tanta cháchara, tanta saliva desperdiciada, cuando lo que querías era llegar a esto, viejo compañero. A lo que tenías delante y no supiste ver. El gran observador ofuscado, el hombre de los detalles, el gran hombre, un hombre perdido en busca de respuestas.

—Me aburres, me asqueas.

Martín se inclina de nuevo. Su aliento huele a alcohol.

—Te paciencia. Basta esperar un poco más, un instante —sonríe como un lobo—. Tómame esto como el último deseo del reo condenado, una cena sencilla. Luego, bueno, luego, iremos juntos al patíbulo: verdugo y condenado de la mano.

—Dita sea.

—¿Remordimientos?

—Lástima.

—Y decías que no sabías manejar las palabras.

—Estás acabado.

—Lo sé. Era cuestión de tiempo.

—¿Por qué?

—Porque no pude evitarlo, ahora es más fuerte que yo.

No hay juego ni sarcasmo. Durante unos segundos Martín se muestra desahuciado, casi indefenso.

Carlos tarda un par de latidos de corazón en descifrar el significado de la afirmación.

—Dios mío..., hay más.

Carlos sujeta la copa con firmeza.

—¿Te gustan las cosas hermosas?

—¿Qué?

—Yo las adoro, venero la belleza. Desde que era niño —cierra los puños—. Allá donde fuera la buscaba, lo hacía con fruición, con ansia. ¿Sabes lo que significa: fruición? No importa, no es importante. Porque lo que cuenta es que siempre, siempre que la encontraba, al final se esfumaba —abre la mano derecha y deja escapar una mariposa imaginaria—, era efímera. Y eso era doloroso, sumamente doloroso y triste. Aprendí que lo hermoso, lo hermoso de verdad, era perecedero en sí mismo. Las verdades que le definen a uno son así, brutales, atroces, te rasgan.

—Cállate.

—No, no, amigo. Has venido a matarme. Sí, con todas sus funestas letras. Pero también en busca de una historia que resuelva el puzle; necesitas ordenarlo todo en tu cabezota, es tu obsesión —Martín se golpea la sien—, todos tenemos una obsesión, ¿no?

—¿Te ríes de mí?

Alguien suelta una carcajada, una sola carcajada violenta. Es una amiga de la novia del dueño del bar, una adolescente de largas piernas y gestos zafios que masca chicle con la boca abierta.

—Fíjate en ella —Martín se pasa la lengua por los labios, la voz le tiembla—. Es hermosa, tan hermosa como solo pocas cosas pueden serlo. No es tonta, aunque se lo hace, es una pose de zorra pretenciosa. Y aun así no sabe que, a pesar de todo lo lista que cree ser, esa hermosura se apaga, adiós... Una pérdida irreparable, una muñeca que pronto se romperá.

Carlos apenas puede respirar, el aire es ardiente, pegajoso.

—¿Hermosa como esa niña? Yo no la vi hermosa —susurra con los dientes apretados.

—No debería haber estado, Carlos. No. Estaba calculado. El fin de semana debía estar con sus abuelos, en Tarazona. Solo sus padres, dos pijos podridos de dinero, dos presas fáciles. Una casa llena de joyas y dinero en efectivo, sin apenas seguridad; tú lo dijiste, parecía que estuvieran pidiendo a gritos que alguien los desplumara.

—Mierda, Martín.

Carlos no está seguro de si quiere seguir oyendo.

—No fue calculado. Siempre lo hago. Lo aprendí de ti. No hay que hacer nada importante sin medir los pasos; no hay que dejar nada al azar. Pero cuando subí al segundo piso, ella estaba allí, dormida sobre la cama, con su camisón subido. Hermosa como una diosa, esperando ignorante a que el tiempo transcurriera implacable, como las otras, ajena a su propia decadencia. Tenía que ayudarla, no pude evitarlo.

La chica vuelve a reírse, se levanta del taburete y se aleja en dirección a la puerta contoneando su culo. No sabe la razón, pero Carlos siente cierto alivio cuando desaparece, cuando Martín la pierde de vista y sus ojos de pez vuelven a fijarse en él.

—Llegas a aparecer cinco minutos antes y me hubieras cazado, me hubieras visto haciendo inmortal esa magnificencia.

—¿Inmortal?

Martín suspira.

—Solo hay algo eterno, una única cosa, algo que nos sobrevive a todos.

—Joder, Martín.

—La muerte, amigo, la jodida muerte.

Carlos está mareado.

—Basta ya.

—Singular, definitiva —Martín mece la palma de su mano en el aire.

—Basta, monstruo.

Martín cierra los ojos, los abre y termina su copa de vino de un largo y lento trago. Luego le enseña a su amigo el recipiente vacío, un brindis desmañado.

—Voilà.

El entorno se detiene, solo están ellos dos, el mundo es algo accesorio. La Republicana deja de existir por un instante.

—Salgamos. Con calma, con mucha calma.

Se miran.

—No siento nada, Carlos. Nada de nada. Y debería tener miedo. El agua del río es muy fría.

Carlos se levanta, vacila. Solo dice:

—No sufrirás.

—Lo sé. Eres mi amigo.

—Cállate.

—Prométeme dos cosas...

Martín está de pie, encogido, es el niño pecoso y frágil de siempre.

—Martín..., di.

—Que lo harás tú, solo tú, no hay otra salida, pero esas bestias no me pondrán la mano encima.

Carlos traga saliva.

—Lo intentaré. No te aseguro nada.

—Sí, lo intentarás.

Avanzan despacio entre la gente que abarrota el local. Se ponen los abrigos con la cadencia del automatismo. Llegan a la entrada.

—¿La otra?

Abren la puerta, Martín sonríe.

—Compra una muñeca, una bonita y rubia como ella, con cara de niña. Cómprala y ponla en casa junto a las otras.

El Cierzo arrecia y les golpea como un tajo de carnicero.